

**Ciencias Sociales en la Posmodernidad.  
Emancipación de los estudios sociales frente a la Sociedad del Conocimiento y  
la colonialidad.**

**Trabajo de grado.**

**JUAN ANDRÉS RÍOS CONTRERAS.  
Maestría en Ciencia Política**

**TUTOR: PhD. RODOLFO ADAN MASÍAS  
Profesor Asociado  
Departamento de ciencia Política  
Universidad de los Andes**

**UNIVERSIDAD DE LOS ANDES.  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES.  
DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA  
BOGOTÁ-COLOMBIA  
2016**

## Tabla de contenido

- **Ciencias sociales: entre la adaptación y la resistencia.**..... 3
  
- **La Sociedad del Conocimiento: el individuo de la ciencia, la economía y el Estado.** ..... 14
  - La razón instrumental y la legitimidad de la ciencia. .... 16
  - La ciencia para el capital y el mantenimiento del Estado. .... 23
  - El ser unidimensional: el individualismo y la pérdida de libertad. .... 35
  - La Sociedad del Conocimiento como el capitalismo del conocimiento..... 41
  - La Sociedad del Conocimiento: una doble comprensión..... 43
  
- **Ciencias sociales: realizadoras de la modernidad.** ..... 45
  - Ciencias sociales sin función social: la modernidad ya está justificada. .... 53
  - Las ciencias sociales de la Sociedad del Conocimiento: eficiencia y eficacia, los pilares de la investigación. .... 55
  - Ciencias sociales: la tensión entre la justificación y la crítica. .... 61
  
- **El Giro Descolonial, crítica a las ciencias sociales de la colonialidad y sus orígenes: el eurocentrismo, el dualismo y el universalismo.** ..... 65
  - La colonialidad: eurocentrismo, el hemisferio occidental, la modernidad y la posmodernidad..... 66
  - El pensamiento dualista: el mito de la modernidad..... 73
  - Las ciencias sociales en la colonialidad del saber y proyecto de la modernidad. .... 77
  
- **Repensar las ciencias sociales: emancipación y resistencia.** ..... 85
  
- **Bibliografía**..... 94

# Ciencias Sociales en la Posmodernidad.

Emancipación de los estudios sociales frente a la Sociedad del Conocimiento y la colonialidad.

## **Ciencias sociales: entre la adaptación y la resistencia.**

El 25 de septiembre de 2015, el mundo conoció una carta del ministro de educación de Japón, Hakuban Shimomura, en la que pedía remplazar las facultades y departamentos de Ciencias Sociales y Humanidades de su país por programas que “respondan mejor a las necesidades de la sociedad” (El Espectador , 2015). Esta noticia generó revuelo en la academia del mundo, avivó el debate en torno a la importancia de las ciencias sociales y las humanidades en la actualidad, e impulsó algunos cuestionamientos sobre la formación universitaria. Desde diferentes partes del

planeta hubo reacciones y análisis a la solicitud. Sin embargo, a pesar del rechazo expresado en el ámbito académico, no sólo en Japón sino en diferentes partes del mundo, las autoridades e instituciones relacionadas con la formación educativa siguen cuestionando la relevancia de la formación en ciencias sociales y humanas, e impulsan reformas educativas o de investigación que favorecen las disciplinas relacionadas con la economía, la administración de empresas o las ciencias exactas, dejando de lado las demás áreas del conocimiento.

Según el diario colombiano "El Espectador", a raíz de la carta enviada por el ministro japonés de educación, el periódico *Yomiuri Shimbun*, de ese país, hizo una pequeña encuesta a presidentes de diferentes universidades japonesas, 26 de ellos "confirmaron que ya tienen planes para cerrar o recortar facultades que ofrecen estos programas [humanidades o ciencias sociales] y 17 contemplan limitar el número de inscritos" (2015). En este sentido, se ve que Shimomura lo único que hizo fue verbalizar una realidad: a las ciencias sociales y las humanidades se les está controvirtiendo su importancia y necesidad ineludible en el mundo actual.

En otras partes del mundo ya se ha hecho esta advertencia. Martha Nussbaum (2011) describió el caso estadounidense en su obra "Sin fines de Lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades". Para ella, "[s]e están produciendo cambios drásticos en aquello que las sociedades democráticas enseñan a sus jóvenes" (pág. 20). Estas transformaciones vienen dadas por nuevas formas de entender la educación en las que predomina la rentabilidad sobre el "[...] desarrollo personal basado en la imaginación y en el pensamiento crítico [...]" (pág. 22). El diagnóstico que ofrece Nussbaum no es alentador, este dominio de la ganancia monetaria sobre la formación personal aleja a las nuevas generaciones de sus semejantes, los hace vivir en una especie

de carrera frenética por obtener éxito personal, dejando de lado los valores democráticos que garantizan una vida armoniosa, o por lo menos, no conflictiva con los demás. La autora demuestra que la educación actual tiende cada vez más a formar “maquinas utilitarias”, individuos desarrollados para generar riquezas, a cualquier costo y por cualquier medio, incapaces de tener miradas críticas sobre las sociedades donde viven, a los que no se les hace posible “[...] comprender la importancia de los logros y sufrimientos ajenos” (pág. 20).

Para el caso colombiano, el país no ha estado al margen de estos cambios, discusiones y tensiones en torno a la educación, las ciencias sociales y las humanidades. Archila (2012) muestra que el movimiento estudiantil colombiano, nacido años atrás, después de la Asamblea Nacional Constituyente fue perdiendo fuerza, pero nunca se desintegró o dejó de existir. Gracias a las luchas y movilizaciones durante el gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010), y la propuesta de reforma a la educación superior de la siguiente administración, el movimiento recobró fuerza y los estudiantes volvieron a ser un grupo social con alta capacidad de presión sobre el gobierno. Cuando en 2011, el gobierno del presidente Juan Manuel Santos anunció una reforma a la ley de educación superior, Ley 30 de 1992, por medio del proyecto de Ley 112 de 2011, generó polémica a nivel nacional y permitió el resurgimiento de los movimientos estudiantiles, el discurso estudiantil se dirigió a criticar al modelo neoliberal que predomina en la sociedad colombiana, la privatización de la educación y la visión de ésta como mercancía, que no sólo guio el proyecto de reforma, sino que está presente en la legislación vigente (Archila, 2012).

Más allá de los resultados de la movilización de la masa estudiantil nacional, esta resistencia del estudiantado colombiano al modelo propuesto por los gobiernos, supera el tema meramente educativo, para pasar a la crítica del modelo económico y social imperante en

Colombia, buscando llamar la atención sobre las desigualdades generadas por el proyecto económico impulsado por el Estado, que se evidencia en la educación formal. Es común encontrar en el discurso y accionar del pensamiento estudiantil, críticas a la institucionalidad estatal no relacionadas con la educación. Al respecto, Archila destaca que "[e]n 2003 hubo convergencias ciudadanas, en las que participaron los estudiantes, en contra de un referendo que pretendía modificar la Constitución y de la anunciada reelección del presidente [...]" (2012, pág. 90). Así como, disgusto del movimiento estudiantil colombiano con el modelo económico impuesto desde la constitución de 1991. También se evidenció disgusto por los compromisos que adquiriría el país por medio de los TLC "[...] por esos años [2003-2004] mucha gente se movilizó en contra de los Tratados de Libre Comercio (TLC), especialmente con Estados Unidos" (pág. 90).

Adicionalmente, la movilización social interna logró recibir apoyo de otros grandes movimientos estudiantes como el chileno (Archila, 2012), con similitudes en el discurso y la acción, que ayudaban a comprender la presencia del disgusto regional con el modelo de sociedad imperante en algunos países latinoamericanos de corte neoliberal. Lo anterior, sumado al surgimiento de diversos grupos de indignados en diferentes partes del mundo, demostró el descontento global con el modelo económico imperante, en el que los proyectos educativos nacionales, regionales y mundiales están en el centro del debate, por el impacto que tienen sobre los proyectos de vida de las personas y las garantías que ofrecen. Las disputas alrededor de la educación, están yuxtapuestas a otras grandes discusiones relacionadas con la filosofía contemporánea de la formación profesional, la mercantilización de la educación, la búsqueda de progreso económico de las naciones, la consolidación de la democracia, el modelo económico e incluso, el sentido orientador de la vida en el mundo posindustrial.

En este panorama, frente a lo que se esperaría que fuese el objetivo de las ciencias sociales, la gestión y “solución” de problemas sociales, la cuestión referente a su importancia y utilidad cobra especial relevancia. Las divergencias de pensamiento sobre la sociedad han generado un mundo convulsionado, en el que las luchas sociales se exageran y llegan incluso a convertirse en conflictos bélicos. Según el reporte Global para el año 2014 del Center for Systemic Peace, las confrontaciones armadas al interior de los países han tenido un crecimiento exponencial después del fin de la guerra fría, este periodo coincide con el establecimiento del neoliberalismo como el modelo económico imperante en el mundo. Ante la ausencia de un modelo alternativo viable; el fortalecimiento de la globalización, por medio del desarrollo acelerado de las Tecnologías de Información y la Comunicación -TIC-; el aumento de la desigualdad a nivel mundial, según la UNICEF para el año 2007 "el 20 % más rico de la humanidad disfrutaba de casi el 83 % del ingreso global total" (Ortiz & Cummins, 2012, pág. 11); y la hegemonía del discurso de la *Sociedad del Conocimiento –SC-* en las políticas educativas mundiales; surgen preguntas relacionadas con ¿qué perspectivas ofrecen las ciencias sociales, que otros tipos de conocimientos no lo hacen?, y ¿cómo esas visiones de las ciencias sociales pueden afectar al discurso hegemónico, que a su vez es quien promulga el fin de estas disciplinas en la educación formal?

Rodolfo Masías, docente e investigador del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes, escribió un análisis de la realidad que llevó a Shimomura a postular la necesidad de eliminar las ciencias sociales y humanas por estudios "más acordes" a la sociedad. En éste, el autor explica que la justificación más conocida, ha venido mostrando a las ciencias sociales "como una obligación, una especie de deber de tenerlas en una sociedad que se precie de democrática y civilizada" (2015), por eso su existencia se fundamenta per se. Así, bajo esta idea,

las ciencias sociales son vistas como la promesa de un mejor futuro, en el núcleo de su justificación y existencia están comprensiones utópicas de la realidad, las ciencias se convierten en "[u]na especie de proyecto de emancipación, pero también promotor de una vida humana más virtuosa" (Masías, 2015).

Contrario a esta visión "idealizada" de las ciencias sociales, resalta Masías, el ministro de educación japonés evidenció la tendencia creciente a relativizar las disciplinas sociales a su utilidad, erosionando sus justificaciones "ideológicas". Shimomura representa la forma como los discursos hegemónicos de la sociedad posindustrial ven esta área del conocimiento. Para estos, "las ciencias sociales son cada vez más una carga para las universidades [,] [...] para no serlo deben obligarse a su autosustentación financiera" (Masías, 2015). Así pues, sólo las áreas de conocimiento que produzcan ganancias económicas serán las aceptadas, las que no, están condenadas a desaparecer, o por lo menos, eso pide el ministro de educación japonés. En su carta, Shimomura controvierte a las ciencias sociales pidiendo carreras que respondan mejor a las necesidades de la sociedad, evidenciando que su petición está guiada por un criterio de utilidad basado en lo financiero, es decir, en la capacidad de generar riqueza en el menor tiempo posible. Tal y cómo lo denuncia Nussbaum (2011), cuando se refiere a predominar la rentabilidad sobre cualquier otra aproximación a la educación. En este sentido, se puede decir que el argumento central de esta visión es: ¿para qué invertir en ciencias sociales si estas no generan ganancias económicas a la sociedad o las universidades?

Tanto Masías como Nussbaum coinciden con las denuncias de los movimientos estudiantiles colombianos y chilenos, existe una comprensión economicista de la sociedad, que privilegia cualquier actividad capaz de generar recursos, bajo los principios de eficiencia y



eficacia. Se prefiere institucionalizar las actividades cuyo objetivo sea dar réditos monetarios en el menor tiempo posible, con el menor esfuerzo invertido. En este contexto, el alcance global del fenómeno se puede percibir desde diferentes partes del mundo, cuando se hace la misma denuncia y se observan síntomas similares. La educación en la sociedad contemporánea cada vez se inclina más por conocimientos instrumentales que generen beneficios económicos, dejando de lado saberes humanísticos y sociales; pareciera que en este criterio de utilidad no entraran otras dimensiones del mundo y la sociedad más allá de la económica. A esta comprensión del mundo se le ha denominado como “la *Sociedad del Conocimiento*”.

Hasta el momento, se ha expuesto cómo el discurso imperante en la educación actual tiende a demeritar las ciencias sociales y las humanidades, concentrándose en formar “maquinas utilitarias” al servicio de los proyectos económicos dominantes. Y se han dado ejemplos de movimientos de resistencia contra estos modelos educativos hegemónicos que, expresan discursos sociales más allá de los ambientes educativos, demostrando que el debate actual por la educación y las ciencias sociales, está atravesado por choques entre los diferentes proyectos de sociedad. Pareciera que, dentro de este discurso hegemónico contemporáneo, las ciencias sociales están prontas a desaparecer sin remedio. No obstante, los profesionales de estas disciplinas no han sido actores pasivos. Ante el discurso que representa Shimomura, que controvierte el área del saber de las disciplinas sociales, se pueden identificar dos grandes familias: la adaptación y la resistencia.

En este contexto, uno de los autores que ha venido develando el rol, discurso e identidad de los científicos sociales en el mundo posindustrial es Rodolfo Masías. Quien asegura que se está en una época en la que el *êthos* imperante es el del investigador social *eficiente*. Así, Gracias a las

medidas economicistas en las que predominan las comprensiones de las realidades sociales actuales, el prestigio de los investigadores sociales recae en la cantidad de publicaciones que tenga en los diferentes medios que el mundo académico reconoce como válidos. De esta manera, el investigador social contemporáneo debe estar en un continuo trabajo de investigación y publicación, una formula cerrada en la que cualquier aproximación a una realidad social va a tener un único fin: publicar; hecho que lo lleva a ser un investigador ante sus pares.

Es por eso, que el *investigador* actual debe ser *eficiente*, los estudiosos de las ciencias sociales están inmersos en una dinámica que los lleven a obtener réditos concretos (Masías, 2012). Publicar se ha vuelto la principal misión de los investigadores sociales, por eso, se buscan formas cada vez más eficientes de investigar. Se dejan de lado otras acciones asociadas a la labor profesional, como la docencia, para diseñar estrategias que le permitan aumentar su productividad en un menor tiempo posible (Masías, 2012). Esta forma de aproximarse al trabajo de investigación, tiene varias expresiones en la cotidianidad del estudioso de las disciplinas sociales, que “[...] opta por los métodos de producción intelectual más fructíferos, unos dispositivos y artilugios que reporten ágilmente “productos” y, sobre todo, sostengan una productividad ascendente o al menos constante” (Masías, 2012, pág. 176). Las ciencias sociales no han estado ajenas a la influencia del discurso de la *SC*, que predomina en la educación actual, gran parte de estas disciplinas han buscado formas de adaptarse a los requerimientos del mundo posindustrial, su *êthos* ha cambiado para no desaparecer, transformando el lenguaje, los contenidos, los objetivos y la forma de presentación de los productos (Masías, 2012).

Teniendo en cuenta las estrategias de adaptación de las ciencias sociales, argumento que, contrario a lo que expresó el ministro de educación japonés, demuestra que éstas no están apartadas de las realidades de la sociedad actual, por el contrario, parte de las disciplinas sociales están reproduciendo los discursos e ideologías dominantes de las sociedades posindustriales. En las visiones administrativas, presentes en la labor de las ciencias sociales, impera las mediciones de productividad en términos cuantitativos, cualquier aproximación a las realidades se hace para obtener un producto y se buscan mecanismos que aumenten la eficiencia y la eficacia de las labores investigativas, es decir, aumentar la cantidad de publicaciones en el menor tiempo posible. Por esta razón, parte de la investigación social contemporánea está cada vez más alineada al discurso político, social, económico y académico imperante.

En este contexto, de forma paralela, también existen otras corrientes, que se pueden enmarcar dentro de las ciencias sociales. Opuestas al discurso de la *Sociedad del Conocimiento*; estas escuelas críticas buscan develar las injusticias, la opresión y la dominación que ha generado el “hombre económico”<sup>1</sup> y que se han exacerbado en la sociedad actual. Dentro de estas corrientes existen diferentes posturas respecto al sentido de las ciencias sociales. Para algunos pensadores, como los pertenecientes a la escuela de Frankfurt, Martha Nussbaum, Boaventura de Sousa y las posturas feministas menos radicales, las disciplinas sociales deben tener reformas en sus métodos de investigación y discursos para poder visibilizar a los oprimidos, y denunciar las desigualdades que ha generado el dominio de las tradiciones hegemónicas de origen europeo, capitalista y liberal en todos los aspectos de la sociedad. Este compromiso político de las disciplinas sociales, es evidencia en los diferentes fenómenos que cada una de las escuelas críticas se encargan de estudiar.

---

<sup>1</sup> Término utilizado por Arturo Escobar para definir al individuo contemporáneo, resultado de las modificaciones que “el régimen de normalización” hizo en los miembros de las sociedades europeas, para poder desarrollar la sociedad liberal. (Lander, 2000).

Para los pensadores del Giro Descolonial, las ciencias sociales representan, legitiman y reproducen las estructuras coloniales generadoras de las desigualdades contemporáneas. En esta visión, las disciplinas sociales son diagnosticadas como un conocimiento absolutamente objetivo, empíricamente construido y “sin contaminación por el prejuicio o el error” (Lander, 2000, pág. 31), fomentando las separaciones de la razón nacidas en la modernidad, naturalizadas en las sociedades posmodernas y generadoras de discursos justificadores de la desigualdad (Dussel, 2000). Además de reproducir las estructuras e instituciones sociales coloniales, de las cuales las ciencias sociales hacen parte, los saberes originados desde esta área del saber siempre han surgido bajo el paradigma de dominio liberal y colonial, por eso los autores de esta corriente, en general, consideran que las ciencias sociales son incapaces de brindar alternativas reales al colonialismo y el eurocentrismo.

A pesar de representar dos posturas divergentes, el Giro Descolonial y la *sociedad del conocimiento* coinciden en debatir la utilidad y continuidad de las ciencias sociales. Ambas posiciones contemplan la necesidad de desinstitucionalizar las disciplinas sociales, pero con objetivos diferentes. Para la SC estas no son adecuadas para una cultura cuyo objetivo principal es la ganancia económica y el éxito personal, por eso Shimomura controvierte la respuesta de los estudios sociales a las necesidades de la sociedad. Por otro lado, el Giro Descolonial considera que sólo la deconstrucción total de los conocimientos de las ciencias sociales, y la inclusión de los saberes del otro –saberes no eurocéntricos u occidentales-, sus experiencias y pensamientos, puede generar nuevas ciencias sociales capacitadas para brindar alternativas que rompan el paradigma colonial, predominante en la sociedad posindustrial.

Es intrigante ver este punto de unión particular entre estas dos visiones diferentes, no es una mera coincidencia que existan posturas contrarias llegando a la misma conclusión tan significativa como: abogar por la desinstitucionalización de las ciencias sociales. En otras palabras, hay una situación especial, en este momento histórico específico, que lleva a la *Sociedad del Conocimiento* y al Giro Descolonial a proponer la supresión o modificación total de las ciencias sociales como saber institucionalizado de la contemporaneidad. En el presente documento se analizan estas dos posturas, para mostrar qué características tiene el mundo posindustrial y cómo afectan a las Ciencias Sociales, llevando incluso a plantear su fin como área del conocimiento. Asimismo, se argumenta que, a pesar de este tipo de perspectivas radicales, las ciencias sociales hoy son saberes necesarios, que representan oportunidades de emancipación para las poblaciones oprimidas, a pesar de su naturaleza eurocéntrica y colonial. Sin embargo, también necesitan cambios profundos para lograr consolidar sus ventanas de transformación.

Dentro de este marco, para establecer la relación actual entre estas visiones y las ciencias sociales, primero se estudia la SC: qué significa y qué tipo de sociedad promueve, cómo ha sido su devenir histórico, su influencia “ideológica” en las sociedades y las transformaciones que ha generado en las ciencias sociales. Posteriormente, se analiza el Giro Descolonial, cuál es su diagnóstico sobre la modernidad y la época posindustrial. Cómo identifican el origen del colonialismo y las ciencias sociales, su propuesta respecto a las mismas, y las implicaciones de sus posturas en la comprensión de la labor del investigador social contemporáneo. Finalmente, se expone por qué las ciencias sociales, capaces de reconocer al otro, representan oportunidades de

emancipación frente a las desigualdades presentes en la actualidad, haciendo frente a la ideología del hombre económico contemporáneo, a su naturaleza crítica y de desconfianza permanente.

## **La Sociedad del Conocimiento: el individuo de la ciencia, la economía y el Estado.**

Los diferentes estudios sobre la sociedad contemporánea coinciden en el papel, cada vez más relevante, del conocimiento técnico en la organización política, social y económica actual<sup>2</sup>. Este fenómeno está enmarcado en lo que se denomina *Sociedad del Conocimiento*, una forma de organización social donde el conocimiento se convierte en el factor determinante del éxito personal. Como lo explica Karsten Krüger (2006), el término se puede entender en dos direcciones, por un lado, "[s]e trata de un concepto que aparentemente resume las transformaciones sociales que se están produciendo en la sociedad moderna y sirve para el análisis de estas transformaciones" (pág. 1); paralelamente, el término también expresa un discurso político, "[...] una visión del futuro para guiar normativamente las acciones políticas" (pág. 1). En este marco, la comprensión de la *Sociedad del Conocimiento* implica una doble tarea:

Se debe comprender como una categoría de análisis, lo que lleva a hacer la reconstrucción histórica de las modificaciones sociales que condujeron a la sociedad posindustrial como se percibe, preguntándose qué factores fueron determinantes para entender los múltiples elementos de actualidad. Y por otro lado, se tiene que estudiar el término como una ideología, un proyecto de sociedad, con un origen y desarrollo histórico, que promulga un tipo de organización social específico, con consecuencias en el acontecer social.

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, los estudios hechos por Habermas, Lyotard, Castro-Gómez, Quijano, entre otros.

Para comenzar a dimensionar qué es la *Sociedad del Conocimiento*, se debe entender qué es el conocimiento y su diferencia con el saber. Jean François Lyotard, en su obra “La condición posmoderna” (2004), explica que sólo los saberes legitimados dentro de los metarrelatos de una filosofía de la historia son considerados conocimiento. El conocimiento es únicamente una parte del saber, un discurso legitimando por medio de instituciones sociales. Por eso, para este mismo autor, el saber hace referencia a eso que,

*[...] hace cada uno capaz de emitir “buenos” enunciados denotativos, y también “buenos” enunciados prescriptivos, “buenos” enunciados valorativos... No consiste en una competencia que se refiera a tal tipo de enunciados, por ejemplo, cognitivos, con exclusión de los otros. Permite al contrario “buenas” actuaciones con respecto a varios objetos del discurso: conocer, decidir, valorar, transformar... De ahí resulta uno de los rasgos principales: coincide con una “formación” amplia de las competencias, es la forma única encarnada en un asunto compuesto por los diversos tipos de competencias de lo contribuyen (Lyotard, 2004, pág. 44)*

Así pues, no todo saber es conocimiento, más todo conocimiento sí es un saber. Esta misma relación la guardan el conocimiento y la ciencia, no todo conocimiento es ciencia, pero si toda ciencia es conocimiento. Bajo esta comprensión, se nos hace necesario entender qué hace de un conocimiento ciencia y qué no. Nuevamente Lyotard (2004) nos da luces sobre las condiciones que hacen del conocimiento científico, si se comprende que el conocimiento, un “conjunto de enunciados que denotan o describen objetos, [...] la ciencia sería un sub conjunto de conocimientos” (págs. 43-44). Para que un conocimiento sea ciencia debe cumplir las “condiciones de observación explícitas”, ligadas a la capacidad de replicar la observación de manera recurrente;

y que el lenguaje de los enunciados denotativos, atados a la observación, sean considerados pertinentes por los expertos. En este sentido, el conocimiento científico precisa de tener instituciones validadoras, legítimas socialmente, toda vez que, son los expertos quienes deciden qué es ciencia y qué no.

Al tener como condición del saber científico la legitimación del mismo por medio de los expertos, la ciencia se puede entender como una institución social, capaz de otorgar validez a algunos enunciados, siempre y cuando estos cumplan con las condiciones socialmente acordadas de lo que es científico. Entonces, si la ciencia es una institución socialmente construida, esta debe tener una *función social* específica; las instituciones existen para regular la sociedad, garantizan la predictibilidad en la acción de los individuos, por medio del establecimiento de códigos de conducta, que permite la estabilidad necesaria para existencia de formas de organización complejas (Hodgson, 2011). Para poder comprender la *función social* de la ciencia y el conocimiento en el mundo contemporáneo, es necesario hacer la reconstrucción de las relaciones sociales, que permiten entender la evolución de la ciencia como institución social, y así comprender cómo y por qué la ciencia y la técnica, como conocimiento formal, son pilares fundamentales de la organización social posindustrial.

### **La razón instrumental y la legitimidad de la ciencia.**

Lyotard (2004) ubica dos "versiones" de legitimación de la función del conocimiento, el saber y las ciencias. La primera, es "aquella que tiene al sujeto a la humanidad como héroe de su libertad" (pág. 63), en esta todos los seres humanos tienen un "derecho" a la ciencia, el individuo es reprimido al no permitírsele el acceso al conocimiento. Por otro lado, el autor identifica una



visión más política, en la que la ciencia ayuda al sostenimiento del orden, reproduciendo “las competencias administrativas y profesionales necesarias para estabilidad del Estado” (2004, pág. 64). Ambos metarrelatos expresan una ruptura entre lo que puede considerarse la antigüedad y la modernidad, hubo un cambio de comprensión en los saberes, que los separó en aquellos emancipadores del dominio de la religión, garantes del mantenimiento del Estado e independiente de las instituciones religiosas; y los no útiles para consolidar la organización política estatal, reproductores del dominio de las tradiciones religiosas. Esto llevó a la legitimación moderna de los discursos científicos como válidos y más aún, a su institucionalización.

Para identificar la ruptura que dio paso al establecimiento de la ciencia y su filosofía, Habermas (2000), expone cómo la modernidad es un momento histórico, marcado por la división de la razón práctica en tres dimensiones: la ética, la moral y la pragmática. Es decir que, entiende la razón práctica como la forma de actuar en sociedad con relación a los otros y al mundo exterior que, debido a la complejidad de las sociedades contemporáneas, no se puede entender unidimensionalmente sino en estas tres dimensiones. Por ello, para desarrollar su análisis sobre la sociedad posmoderna, éste pensador alemán se nutre de tres tradiciones de la filosofía moral, determinantes en el devenir del pensamiento occidental: la ética aristotélica, el utilitarismo y la moral kantiana.

De esta manera, la división de la razón práctica se explica en la naturaleza de los razonamientos que hacen los individuos: cada vez que una persona se ve en la obligación de decidir busca un fundamento racional para tomar dicha decisión. Es decir, hace un razonamiento selectivo entre varias opciones para así mirar qué puede o debe hacer para alcanzar un determinado fin. Sin

embargo, en varias ocasiones, el fin mismo, que guía la acción se vuelve problemático, por tanto, el sentido del razonamiento que guía la decisión cambia, ya no se está buscando un cómo para alcanzar un objetivo, solo se pregunta sobre el porqué de ese este, y esas preguntas, inmersas en contextos de auto comprensión, obligan al ser a cuestionar su propia identidad y perspectiva. Pero también, existe otro tipo de preguntas que cuestionan al ser con sus contextos históricos e identidades colectivas, estas demuestran que el individuo no puede separar su vida de la biografía común construida con los otros, “por ello la vida que es buena para mí afecta también a las formas de vida que no[s] son comunes” (Sandel, 1982). Por lo tanto, el marco racional bajo el cual el individuo toma decisiones varía dependiendo de la cuestión a la que lo enfrente la pregunta, por ello, no se puede entender la acción racional como unidimensional, porque el cambio de orientación de los cuestionamientos obliga al individuo a dar respuestas, ubicado desde diferentes perspectivas de su propia vida.

Para la tradición utilitarista, explica Habermas (2000), lo racional está determinado por aquello que se quiere. En otras palabras, el individuo realiza un cálculo racional para alcanzar, por medio de unas acciones, un fin deseado. La cuestión que guía la acción del ser, en este caso se puede plantear como: *¿qué debo hacer para alcanzar mi objetivo X?* Una vez se ha hecho esta pregunta pueden surgir varias opciones y diversos medios para alcanzar el fin deseado, por ello, la pregunta puede mutar a *¿es mejor Y o A para alcanzar mi objetivo X?* En cualquiera de los casos el razonamiento nunca deja de ser respecto a una técnica, un medio, para alcanzar un objetivo. En este sentido, Kant desarrolló el concepto de imperativos técnicos y pragmáticos para aquellas situaciones en las que la respuesta se da como un deber relativo, unas “indicaciones para la acción [las cuales] dicen: qué se “debe” hacer o qué se “tiene”, si se quiere realizar determinados valores o fines” (Habermas, 2000, pág. 112). No obstante, tanto Kant como Habermas reconocen la

existencia de cuestiones humanas que van más allá de la racionalidad teleológica del deber relativo, por ejemplo, la pregunta ¿mi valor o fin si es correcto, es lo que deseo?, pone al ser en un estadio diferente no explicable mediante la racionalidad pragmática.

Las preguntas por inclinaciones y preferencias no son preguntas pragmáticas, enfrentan al ser humano a cuestiones de carácter personal, son interrogantes que necesitan ser contestados desde quién es y quién le gustaría ser. Para explicar las cuestiones éticas, surgidas de las preguntas sobre la identidad del individuo y su auto comprensión, Habermas (2000) retoma la división de Charles Taylor entre preferencias fuertes y triviales, o débiles; siendo las primeras aquellas que no sólo afectan preferencias del individuo, sino también su auto entendimiento y el tipo de vida deseado. Las segundas, son las que pertenecen a la razón pragmática, las cuales, Habermas las entiende a partir de su categoría al estar inmersas en un contexto que determina su importancia, “[e]sta circunstancia [se] da en las decisiones existenciales, no solo por su peso, sino también un contexto en el que están tan necesitadas de fundamentación como susceptibles son de ella” (2000, pág. 112). Las cuestiones de quien soy y cómo quiero ser presentan una doble cara: por un lado, tienen una comprensión descriptiva de la biografía propia, y por otro, el carácter normativo: el ideal del yo que cada persona se propone. Así entonces, a esta auto comprensión *hermenéutica* Habermas la denomina como la dimensión ética del ser.

Para este filósofo y sociólogo, la auto comprensión no se puede dar separada de la sociedad, es decir, el hombre no es únicamente individuo ni tampoco un ser completamente sujeto al medio social donde se desenvuelve. Por eso, la ética del individuo y la moral se afectan mutuamente, esto no significa que una restrinja a la otra, sino que desarrollan dos formas diferentes de acción

humana, la historia de cada persona está yuxtapuesta a la biografía de los otros. La moral, a diferencia de la ética, no es entendida bajo el principio de mi vida buena sino como nuestra vida buena. En este marco, la división tridimensional nace de la necesidad analítica para comprender la acción humana en las sociedades contemporáneas, por ello no podemos afirmar que esta separación de la acción humana es preexistente a la modernidad o se da de forma natural, sino, como explica Habermas, es producto del devenir histórico de las sociedades, el resultado del aumento de la complejidad de las relaciones sociales. Estas tres lecturas de la razón práctica se complementan mutuamente, es decir, el ser humano no actúa únicamente pragmáticamente, o solamente ética o moralmente, sino que actúa como una unidad de estas tres dimensiones.

No obstante, Habermas denuncia que actualmente hay un predominio de la razón pragmática, instrumental, sobre las otras formas de razón, situación que lleva a nuevas formas de dominación del hombre sobre sus semejantes. Aquello cuyo desarrollo se dio bajo la visión de emancipación del individuo sobre las instituciones religiosas es hoy una nueva forma de subyugación. El autor critica cómo actualmente pareciese que el único discurso válido es aquel proveniente del técnico o el científico, olvidándose de las otras formas de comunicación. Por eso, argumenta que vivimos en una sociedad dominada por los “especialistas”, donde el único interlocutor válido es aquel cuyo reconocimiento es enjuiciado como autoridad, sometiendo a los demás a hacer lo que la autoridad ordena. Por otro lado, debido a que este tipo de reconocimiento sólo es posible con las instituciones validadoras y que la ciencia reproduce los valores necesarios para el mantenimiento del status quo, los sistemas y subsistemas sociales han absorbido a los individuos, invisibilizando su acción social individual, poniéndola al servicio del sistema social.

Adicionalmente, Habermas (1998) expone como estos sistemas y subsistemas sociales han venido construyendo marcos de referencia propios, excluyéndose entre sí. Cada sistema social contemporáneo responde a unas reglas y consensos básicos construidos al interior de las instituciones sociales que los sustentan, por eso, han desarrollado su propio lenguaje técnico, sus propias reglas y sus propios êthos justificadores de las decisiones que toman; todos sostenidos en el dominio del discurso científico técnico, es decir, en las comprensiones pragmáticas del mundo. Esto genera dos situaciones, por un lado, lleva a conflictos entre los diferentes sistemas y subsistemas, es decir, es común encontrar choques entre diferentes instituciones sociales por una decisión que se toma. Asimismo, elimina al hablante cotidiano de posiciones de autoridad, sólo aquellos formados para el dominio de los lenguajes técnico-científicos son participantes válidos de los debates y tomas de decisiones sociales.

Un ejemplo, lo constituye el hecho de que recientemente en Bogotá, Colombia, se generó una polémica por los planes de construcción de soluciones de vivienda en predios de la reserva natural Thomas van der Hammen. El alcalde de la ciudad justifica la construcción de estas soluciones en la oportunidad de frenar el crecimiento de la ciudad, argumentando que “[...] apenas el 7,8% de la reserva corresponde a ecosistemas de conservación, mientras que el 92,2% lo ocupan áreas deportivas, colegios, industrias, rellenos de escombros, casas y áreas agropecuarias” (El Espectador, 2016). Pero, por otro lado, los grupos ambientalistas argumentan que este proyecto no es viable pues dañaría una de las reservas hídricas y de fauna y flora más importantes de la ciudad. Ante la reacción de los grupos ambientalistas, el alcalde expuso que no hay estudios técnicos que demuestren lo expresado por los defensores de la reserva, quienes a su vez le contestaron “[n]o sabemos por qué insiste (el alcalde) en algo que ya hemos demostrado con los proyectos de

investigación que se han realizado”, [...] [explica el medio de comunicación en el cual se publicó la entrevista que ya] se han llevado a cabo 35 investigaciones entre 2009 y 2016” (Dinero, 2016).

Como se puede evidenciar, juntos grupos exponen argumentos técnicos para sustentar su posición y aun así no logran ponerse de acuerdo. Los subsistemas sociales desde los cuales los contradictores argumentan son diferentes, tienen êthos y lenguajes divergentes, por eso no logran un consenso. No obstante, coinciden en respaldar sus posiciones desde estudios técnicos, objetivando sus argumentaciones en el discurso científico validador de las premisas; si no lo hicieran así perderían valor sus posturas y argumentos. Apoyándose en las posturas de Lyotard y Habermas, se puede afirmar que, la ciencia es la institución que legitimó el predominio de la razón instrumental, o pragmática, sobre las otras dimensiones de la razón. Por eso, se les quitó validez a las otras formas de comprender el mundo. Actualmente, como se dicta en el discurso occidental dominante, la única justificación “válida” para realizar una acción pública, “comprensible” para todos los individuos, y en este sentido justificable ante estos, es la técnica o científica; el “idioma” universal es este.

Como anteriormente se explicó, de igual manera, parte del predominio del conocimiento se dio gracias a la función de la ciencia en el mantenimiento del Estado. Sin embargo, es necesario entender que, la relación entre este tipo de saberes y los aparatos políticos modernos va más allá del discurso promotor de la separación entre política y religión, es decir, sobrepasa la búsqueda de un Estado laico, gobernado por la razón y no la religión. La ciencia ha tenido una función específica dentro de las estructuras del capitalismo y el liberalismo, son marcos de comprensión que llevaron al surgimiento del Estado-nación como lo conocemos hoy en día.

## La ciencia para el capital y el mantenimiento del Estado.

Charles Tilly (1992) expuso que la formación de los Estados modernos en Europa se dio gracias a la acumulación de capital y coerción entre los siglos XVII y XVIII. La coerción se concentró gracias a la transformación de los ejércitos privados y mercenarios en ejércitos nacionales. El capital se reunió por la transformación de los medios de producción, la creación de nuevas formas de generación de riquezas y la consolidación de las nuevas clases burguesas. En este modelo económico naciente, conocido como capitalismo, se fomentó una nueva filosofía social en occidente: el liberalismo, y se determinó la relación de los hombres con la naturaleza, por medio de las diferentes instituciones sociales que se fueron creando. En este sentido, Karl Marx (1971) explicó como el capitalismo se fundamenta en una forma de organización de la producción social basada en la relación capital, trabajo y tierra.

Con la primera revolución industrial, la invención de nuevos aparatos que remplazaron la actividad humana, haciendo los trabajos más eficientes y eficaces, se presentaron cambios en las actividades productivas y la capacidad de generar recursos: a mayor eficiencia y eficacia mayor ganancia. En este nuevo panorama, lograr transformaciones sobre la tierra y un uso diverso de ella, para crear productos cada vez más elaborados, se volvieron pilares fundamentales para lograr el éxito económico, es decir, alcanzar mayor aumento de capital en el menor tiempo posible. Por eso, ya no fue tan valorado el trabajo humano sobre la tierra, sino el trabajo del humano sobre máquinas que aumentaran la productividad-rentabilidad de la naturaleza (Lander, 2000). Asimismo, para garantizar un uso más eficiente de los recursos disponibles, se debió invertir en crear máquinas que aumentaran constantemente la capacidad de explotación sobre lo que ya se estaba aprovechando, al igual que, buscar nuevas formas y recursos para capitalizar. En esta nueva forma

de comprender la tierra, el trabajo y el capital, se crearon nuevas relaciones de dependencia: “no hay técnica sin riqueza, pero tampoco riqueza sin técnica” (Lyotard, 2004, pág. 84).

Es por esta relación tierra, trabajo y capital, en la cual se busca el aumento constante de la eficiencia y la eficacia sobre los recursos explotados, y paralelamente se exploran nuevas formas de generación de recursos y productos, la ciencia se “convierte en una fuerza de producción, es decir, en un momento de la circulación del capital” (Lyotard, 2004, pág. 84). Así, parte de las ganancias emanadas en las cadenas productivas son reinvertidas en técnicas e investigaciones que permitan inventar métodos, productos y sistemas capaces de aumentar la rentabilidad de las actividades productivas, es decir, que permitan innovar, si bien los costos de estas investigaciones son altos, los réditos generados son más elevados. Además, por los altos costos de inversión necesarios para poder innovar dentro los sistemas productivos, el fomento de la ciencia y la técnica son un discurso que proviene y del que se nutren los países económicamente más fuertes, con un capitalismo más desarrollado, por eso Lyotard expresa que la ciencia se convierte en “un juego de ricos” (2004, p.84). Esta circunstancia ha llevado a que, en la *función social* de la ciencia y la técnica exista desigualdad que, condena a las naciones e individuos más pobres a permanecer así. Por esto, ante la incapacidad de innovar sistemáticamente los pobres son cada vez más pobres, mientras que las economías más desarrolladas son cada vez más sólidas.

Dentro de esta dinámica social, el desarrollo de sistemas de ciencia y tecnología en los países para consolidar su economía, ha generado nuevas formas de obtención de recursos, convirtiéndose en un proceso dominado por las potencias económicas mundiales. Gracias a la invención de diferentes aparatos tecnológicos, la circulación de capital ha aumentado su velocidad



relativizando las barreras del espacio y el tiempo. Por la creación de tecnologías capaces de transmitir la información de manera inmediata por todo el mundo, se han globalizado las estructuras y procesos de producción, lo que ha transformado las formas de producción de las economías y su integración (Krüger, 2006). Es decir, que a la fórmula de desarrollo basada en la ciencia, se le debe sumar la tecnología, ya que, el conocimiento científico puesto al servicio de la sociedad debe permitir transmitir información de la forma más inmediata posible, para lograr mayor flujo de capital en el sistema económico, y con esto su crecimiento. Este flujo de información de manera inmediata sólo es posible por medio de las conexiones tecnológicas existentes en la actualidad, denominadas Tecnologías de la Información y las Comunicaciones, TIC.

Gracias a esta relación tripartita, a diferencia de la sociedad industrial, la sociedad posindustrial puede ser denominada una “sociedad red”, en el sentido que Castells (1996) lo expresa. Actualmente, las redes sociales han alcanzado un carácter global, debido a las conexiones propiciadas por las TIC. En este marco, la creación, transmisión y administración de información son una forma de generar réditos económicos, “[...] se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen en este periodo histórico” (Castells, 1996, pág. 47). La conexión de los mercados, como única unidad económica mundial, ha llevado al aumento de la especulación de los servicios financieros, gracias a la trasmisión inmediata de la información, bienes presentes en la economía de los países latinoamericanos pueden ser transados desde cualquier otra parte del mundo y viceversa, por lo cual, los Estados al no poder intervenir de manera directa en la economía de otras naciones y, por no poder controlar el mercado mundial, deben buscar la forma de garantizar que su economía sea

capaz de realizar transacciones de los bienes integrados a la economía global, para que sus mercados sean parte del proceso productivo mundial.

Para que los mercados propios se puedan integrar al mercado mundial, cada Estado buscar ingresar productos que le representen una ventaja comparativa. Por eso, debido a que la flexibilidad de los productos es una característica fundamental, los Estados están invirtiendo constantemente en la capacidad de innovación y generación de nuevas formas de obtención de capital (CONPES, 2009). La economía actual, posindustrial, pasó de una ser un sistema de generación de productos concretos, como la economía del mundo industrial, a una de bienes y servicios, donde los productos hacen parte de una cadena más grande de producción. Esto se debe a que la innovación en la cadena de producción de bienes y servicios se puede hacer de forma más ágil, con menores costos asociados, debido a la existencia de instituciones-sistemas encargadas de promoverla.

Así como lo reconoce el Estado colombiano, en el Documento CONPES (Consejo Nacional de Política Económica y Social) 3582 de 2009, sobre la Política Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación de Colombia (PNCTI): “la innovación es un proceso social, basado en la producción e intercambio de conocimiento entre múltiples actores, internos y externos a las organizaciones” (pág. 8). Por eso, el Estado debe garantizar una buena relación de los actores sociales, porque este intercambio “[...] es el producto de una red de agentes sociales [...] y no solo el resultado de la acción de las empresas o de los centros de investigación y desarrollo tecnológico de manera aislada” (pág. 8). Para poder cumplir con su función, los Estados han diseñado sistemas

burocráticos públicos que garantizan la transmisión efectiva de la información necesaria para innovar.

En la era industrial, la innovación se concentró en la creación de productos y cadenas productivas que aumentarían la capacidad de replicar esos productos y poner nuevos en el mercado. Actualmente, las innovaciones han permitido hacer cadenas productivas más eficientes, que a su vez permitan innovar de manera más ágil en la creación de nuevos productos. Además, desarrollan en los compradores experiencias asociadas a los servicios ofrecidos por medio de uno o varios productos, lo que permite mayores puntos de innovación en la creación y mantenimiento de los servicios puestos en el mercado, ya no sólo se puede innovar en la cadena productiva o el producto, sino en todo el proceso social asociado a la prestación de bienes y servicios (Krüger, 2006). El rol del Estado en este mercado está limitado a generar incentivos para la innovación, que se traducen en mayores ganancias y dinamismo económico, por medio de instituciones que preparan y premian a los individuos capaces de innovar, al tiempo que disminuyen los riesgos de una innovación fallida.

El Estado no es un actor interventor fuerte en la economía, porque ésta ya no está concentrada en sus fronteras nacionales y su ritmo de cambio supera la velocidad de cambio del Estado, lo que Karl Marx explicó como la velocidad de cambio de la estructura –la economía–, frente a la velocidad de la superestructura –el Estado y la cultura– (Chauí, 2006). Gracias a las continuas innovaciones tecnológicas y los saberes pragmáticos, convertidos en instituciones sociales concretas, las sociedades posindustriales han sido capaces de innovar en prácticamente todos sus espacios económicos, para lo cual fue necesario dejar de lado la estabilidad que generan

las entidades estatales, pues estas buscan mantener ordenes sociales y por tanto restringen las dinámicas, cada día más veloces, del mercado.

Krüger (2006), retoma a Stehr (2000) para exponer una de las paradojas de la interconexión de los mercados mundiales. Si bien el flujo de capital ha aumentado, la innovación cada día es mayor, por medio de su institucionalización, y los mercados financieros actuales realizan un número exponencialmente mayor de transacciones que los de hace algunas décadas. Explica Krüger que “los avances en las tecnologías de información y comunicación han aumentado la fragilidad de los mercados financieros y comerciales, lo cual obliga a las organizaciones a aumentar su flexibilidad para poder adaptarse a los cambios en los mercados” (2006, pág. 7). Al estar integrados, los mercados no solamente disfrutan de las ganancias que todos generan, sino también las crisis que ya no son únicamente nacionales. La inestabilidad de algún mercado puede llevar más fácilmente a una crisis económica mundial. El sistema económico mundial es hoy más frágil que en cualquier otro momento de la historia, al tiempo que los Estados pierden la capacidad para enfrentar las crisis del mercado.

Ante este panorama, la respuesta estatal se ha concentrado en formar masas de trabajadores capaces de entender el mercado global e innovar en este. Gracias a los diferentes desarrollos tecnológicos de la segunda mitad del siglo XX, que favorecieron la generación de una sociedad mundial interconectada por los espacios de interacciones virtuales facilitadas por las TIC, los procesos productivos hoy son de carácter global, no se desarrollan en sólo un espacio y, en ese sentido, dependen casi completamente de las TIC. Por eso, al discurso educativo de fomento de la ciencia como parte del sistema productivo de un país y pilar fundamental del desarrollo económico

de cualquier sociedad, se le debe sumar la búsqueda del desarrollo y manejo de las TIC. En este sentido, las políticas educativas están más concentradas en buscar opciones de creación y usos de las TIC en la sociedad, para que se favorezca la creación de nuevas formas de obtención de capital y adaptación a los mercados cada vez más especulativos e inestables. Es debido a la necesidad económica de transmitir la información de manera inmediata, y la relación entre desarrollo económico y educación, que las TIC hoy están posicionándose y creando nuevas opciones de formación profesional. Como resalta Jesús Martín-Barbero (2002), “desde una perspectiva histórica nos encontramos con que el conocimiento está pasando a ocupar el lugar que ocuparon, primero la fuerza humana y después las máquinas”.

A manera de ejemplo, la PNCTI de Colombia expone cómo se entiende la relación entre ciencia, tecnología y crecimiento económico. Ésta refleja la ideología que guía la acción de los Estados en los asuntos de conocimiento en el mundo posindustrial y demuestra el enfoque economicista de los aparatos públicos contemporáneos. Para el Consejo, “[l]a Ciencia, la Tecnología y la Innovación (CTeI) han sido identificadas [...] como fuente de desarrollo y crecimiento económico. [En este sentido, surge la necesidad] [...] de una política de Estado con estrategias que incrementen la capacidad del país para generar y usar conocimiento científico y tecnológico” (CONPES, 2009, pág. 1). Es evidente que el interés del Estado en la ciencia, el conocimiento y la tecnología es principalmente económico, el aparato administrativo público ha reducido la relación entre ciencia, conocimiento y sociedad a una estrategia de mercado y producción; dejando de lado otros aspectos del desarrollo humano.

Sin embargo, es necesario entender que la relación entre Estado, educación, ciencia y tecnología va más allá de la reproducción de los conocimientos necesarios para el desarrollo del capitalismo y el fomento a la innovación. Como explica Tilly (1992), el Estado surgió como asegurador de las condiciones necesarias para la profundización del capitalismo. Este cuerpo político debe procurar que la estabilidad necesaria para el sistema económico se desarrolle, por eso el Estado es el garante de la propiedad privada y la libertad de los individuos. Sin propiedad privada no existe el incentivo para buscar riqueza, pues no es posible acumular riqueza; y si los individuos no son libres en su actuar no podrán innovar en las formas de buscar el capital.

Para que el aparato estatal pueda cumplir con estas funciones necesita de instituciones fuertes capaces de castigar aquellas acciones que atenten contra la estabilidad social y económica, al tiempo que promuevan comportamientos favorables para el crecimiento del capitalismo. Las instituciones sólidas sólo pueden ser construidas con una masa de trabajadores especializados, que se encarguen del análisis técnico guía de la acción del Estado. La ciencia y la técnica garantizan el conocimiento necesario para que el aparato institucional sea provisto de los funcionarios necesarios para cumplir con sus funciones. En este marco se puede ubicar el enfoque economicista de la formación científica y técnica contemporánea: el Estado necesita tener una economía desarrollada que le garantice la acumulación y los recursos necesarios para mantener los aparatos burocráticos encargados del control social y la aplicación de la coerción legítima.

Para que se formen los técnicos necesarios para el mantenimiento del Estado, el sistema educativo formal debe promover la formación en las áreas del conocimiento que más fomenten el fortalecimiento institucional. En este sentido, Bazdresch Parada (2001) analiza varias teorías que muestran cómo la educación es cada vez más determinante en la consecución de éxito personal.

Los liberales fomentan la teoría del Capital Humano, en la cual, "[...] los sistemas educativos tienen tres funciones: socialización; adquisición de habilidades, destrezas y entrenamiento; y certificación. Estas funciones contribuyen a la asignación racional de recursos según las necesidades sociales, y generan movilidad social" (Bazdresch, 2001, pág. 68). La socialización se encarga de reproducir los modos de vida, filosofía y discurso social que legitima el statu quo existente; la adquisición de habilidades, destrezas y entrenamiento es el desarrollo de los imperativos técnicos, en el sentido kantiano, necesarios para la reproducción de los procedimientos que sostienen el orden establecido. La certificación funciona como una garantía que permite identificar qué individuos están más preparados para afrontar las funciones necesarias para el mantenimiento de las instituciones sociales, por eso la certificación de la preparación formal se convierte en un factor de movilidad social, porque permite a los individuos obtener, o por lo menos competir por, posiciones de toma de decisión que los "no preparados" o los menos preparados no alcanzarán.

Esta postura expresa el ideal del discurso de la *Sociedad del Conocimiento*, los conocimientos formales son reconocidos como una forma de distribución de las ganancias de la sociedad, y al mismo tiempo buscan responder a las necesidades económicas de ella, para lo cual, se requiere del desarrollo de algunas habilidades específicas. No obstante, estos conocimientos no buscan una formación que capacite a los individuos en la generación de opciones por fuera del orden social establecido, por el contrario, se busca preservar y fortalecer las estructuras e instituciones sociales creadas. Bazdresch (2001) resalta que, para la teoría marxista, "[l]a educación está al servicio y en función de la clase en el poder, para reproducir la estructura dominante que garantiza a dicha clase mantenerse en el poder" (pág. 71). Así, parte del sistema de circulación de capital que constituye la ciencia se concentra en la formación de los nuevos

científicos y técnicos, lo que permite reproducir la estructura social existente, donde el conocimiento es el centro de la movilidad social. Es evidente que en este marco de reproducción de las instituciones sociales no hay espacios para formar profesionales que critiquen los sistemas sociales o busquen cambiarlos, pues no son “útiles” para aumentar la productividad y las ganancias económicas.

Siguiendo con el ejemplo de la PNCTI de Colombia, esta reconoce que se “[...] requiere de un recurso humano capaz de formar y usar el conocimiento para la generación de riqueza. Es por ello que la tercera estrategia consiste en fortalecer el recurso humano para la investigación y la innovación” (2009, pág. 2). El Estado colombiano, al igual que la mayoría de Estados democráticos del mundo, poco o nada está interesado en formar a sus ciudadanos en áreas del conocimiento que no generen riqueza, es decir, no ve necesario educar en conocimientos cuyos réditos no sean económicos. En este sentido, el mismo documento reconoce que este enfoque sólo es posible si “[...] se acompañ[a] de un conjunto de acciones orientadas a utilizar el sistema educativo para el desarrollo de competencias científicas, tecnológicas y de innovación” (2009, págs. 1-2). Al igual que en el caso estadounidense, expuesto por Martha Nussbaum (2011), en Colombia el sistema educativo no está enfocado en formar ciudadanos, sino individuos maquinas al servicio del sistema económico.

La PNCTI también demuestra cómo el discurso de la Sociedad del Conocimiento entiende el conocimiento y lo reduce a su dimensión económica. Si bien expone que “[e]l conocimiento no solo tiene la capacidad de resolver problemas de carácter científico o empresarial; este tiene un alcance mayor en la medida que ofrece soluciones a la sociedad en general” (CONPES, 2009, pág.



2); enfoca la estrategia de apropiación del conocimiento en “la acción del Estado [para] el desarrollo de sectores estratégicos en el largo plazo, que se caractericen por la producción de bienes y servicios de alto contenido científico y tecnológico, y por ende, de alto valor agregado” (pág. 2). Como podemos observar, el Estado es incapaz, o está desinteresado, en comprender el conocimiento más allá de la economía, y la generación y la administración de recursos de la sociedad, por eso, justifica todas sus acciones relacionadas con la ciencia, la tecnología y la educación en discursos econométricos, cuyo objetivo es únicamente el crecimiento económico.

En síntesis, el Estado liberal nació para preservar la propiedad privada y permitir a los individuos tener la libertad para acumular capital. Gracias a las instituciones sociales modernas, los aparatos estatales pueden castigar a aquellos cuyas acciones atenten contra las normas sociales establecidas –entre ellas el derecho a la propiedad-, a la vez que, premian los actos que favorezcan el mantenimiento del orden establecido. Estas normas sociales modernas, a diferencia de las pre modernas, fueron constituidas y legitimadas bajo los principios de la razón pragmática, alejándose de los valores religiosos, expresada en el dominio del discurso científico como aquel validador de las premisas asumidas como ciertas. Esto tuvo varias consecuencias, por un lado se universalizó e institucionalizó el discurso denotativo de la ciencia, dejando de lado otras formas de comprender el mundo; además, junto al crecimiento de las actividades económicas capitalistas, tecnificó la sociedad y la dividió en los formados para la actividades técnico-científicas y aquellos que no. Paralelamente, la ciencia y la técnica se volvieron parte del sistema de producción social, pues permiten aumentar la productividad de las actividades existentes, a la vez que buscan nuevas formas de generación de capital.

Al volverse parte del sistema productivo mundial, los Estados buscan tener ventajas económicas frente a sus competidores por medio de sistemas institucionales que fomenten las actividades técnicas y científicas. Parte de esta red de instituciones para el fomento de la ciencia y la innovación, son los centros educativos formales, donde la formación impartida prepara a los individuos para reproducir el estilo de vida de producción, adquiriendo las destrezas necesarias para poder reproducir el sistema, innovar en él y aumentar su eficiencia y eficacia, esto apoyado en la tecnificación de los procesos económicos. Adicionalmente, parte de esta fuerza productiva formada se encarga de la administración y coordinación del aparato institucional público, por lo que, son desarrollados no como gerentes de sistemas privados de producción, sino como encargados de administrar los recursos sociales y la sociedad en general. Esto lleva al aparato estatal a mantener una filosofía de análisis numérico de la sociedad, hay un enfoque economicista en las formas de coordinar la sociedad, explicada en la necesidad del Estado contemporáneo de mantener una economía sólida y en constante crecimiento.

Como se pudo evidenciar, el discurso de la *SC* busca la preservación de un orden establecido, por medio de la consolidación y continua evolución del sistema productivo. En este contexto, los conocimientos institucionalizados que abran espacios a la búsqueda de modelos alternativos de sociedad, no son vistos como útiles por las autoridades educativas, pues no cumplen con las dos características de la educación formal: adoctrinar y generar ganancias económicas. De igual manera, no hay cabida para conocimientos u oficios cuyo desarrollo no se fundamente en la reproducción de los marcos de comprensión técnico-numéricos de la sociedad. Ante la necesidad imperante de generación de riqueza, únicamente medible numéricamente, los conocimientos que no puedan analizar, generar modelos y sistematizar procesos sociales de forma numérica no son

útiles para las instituciones estatales y sociales; es necesario que toda la sociedad hable el mismo lenguaje y se mueva dentro del mismo paradigma: el económico.

Por esta razón, en la actualidad hay una avanzada institucional contra las ciencias sociales y las humanidades, los Estados no quieren seguir invirtiendo recursos en áreas del conocimiento que no sirvan a sus intereses principales, menos si estas forman a los individuos para idear opciones fuera del orden establecido. Como explica Habermas (2000), el predominio de la razón pragmática no sólo llevó a que la comprensión técnica controle las instituciones sociales, sino que también instauró visiones administrativas del mundo, donde las propuestas alternativas y contra hegemónicas no tienen cabida. Actualmente, parece que únicamente se busca desarrollar la dimensión utilitaria de los individuos, las capacidades económicas. El proyecto de la modernidad, que surgió como una oportunidad de emancipación, encerró a los individuos en nuevas formas de opresión, lo definió únicamente a partir de la economía y la técnica, quitándole la oportunidad de desarrollar libremente sus otras dimensiones.

### **El ser unidimensional: el individualismo y la pérdida de libertad.**

Como se ha venido demostrando, la sociedad contemporánea es dominada por la razón instrumental, pragmática, expresada en comportamientos con cálculos econométricos que buscan aumentar la ganancia social, por medio del crecimiento económico personal, lo cual se convirtió en un fin máximo de la acción humana. Así, la sociedad posindustrial también está caracterizada por la consolidación de la búsqueda del éxito personal como un valor social inobjetable. En este sentido, las sociedades actuales se han especializado en la competencia por captar los recursos sociales disponibles y acumularlos de forma individual. Por eso, Habermas (1998) argumenta que

la hegemonía de la razón instrumental lleva a la ruptura de los vínculos de comunidad existentes. Para este pensador, la posmodernidad está marcada por la invasión de los sistemas sociales sobre el mundo de la vida, es decir, una supeditación del mundo intersubjetivo al objetivizado de los sistemas institucionalizados en la contemporaneidad.

Para Habermas existen tres situaciones posibles de la acción humana, el mundo objetivo de la naturaleza y sus fenómenos, los cuales responden a reglas universales; el mundo social, en el cual hay una intersubjetividad generalizada, construida por las interacciones entre los individuos; y el mundo subjetivo, aquel espacio propio de cada ser y su visión única del mundo, es decir, su particularidad propia. En este marco, él explica el concepto de mundo de la vida como un conjunto de auto evidencias, consensos básicos, que no se ponen en cuestión, por lo menos de entrada, y que comparten los miembros de una comunidad. Estos saberes consensuados pueden ser la base de fondo sobre la cual se problematizan las cosas, por ello es un saber organizado gramaticalmente. En otras palabras, para poder comunicarse se necesita un mundo aproblemático que permita entender lo incierto del mundo, unas reglas y consensos básicos que guíen la acción de los miembros de una comunidad. En la vida social, la relación con lo externo está mediada por el lenguaje de una manera cercana e incuestionable, lo que permite resolver la problematicidad del mundo, es decir, a partir de ese marco común se logra entender la realidad y crear relaciones intersubjetivas con los otros.

Sin embargo, debido al alto grado de especialidad del mundo contemporáneo, evidenciado en el prestigio que la tecnocracia y el control del Estado por personas con conocimientos certificados y especializados, Habermas diagnostica una colonización del mundo de la vida por

parte de los sistemas; un poder cada vez más universalizado, que excluye al hablante corriente y su habla de la organización del mundo de la vida. Este poder, identifica Habermas (1998), es el derecho, regulación sistémica objetivada, del dinero, intercambio económico objetivado y el Estado. En este marco sistémico, la sociedad actúa guiada por el *êthos* del éxito, medido a través del trabajo profesional. Por eso, la propuesta emancipatoria de Habermas se concentra en la crítica a la sociedad sistémica actual, cuyo núcleo fundamental es la razón instrumental, lo que rompe los vínculos de comunidad. Es en este mundo de sistemas objetivados de la contemporaneidad, el otro es visto como un competidor, lo que fragmenta los vínculos sociales y no permite establecer relaciones intersubjetivas. Todo esto en el marco de una sociedad que invisibiliza al hablante-ciudadano normal, dejándolo perdido en un mundo de sistemas autorreferentes.

Para poder entender cómo se llegó a este punto, al dominio del mundo de la vida por parte de los sistemas, Habermas propone una reconstrucción histórica de la democracia y sus corrientes clásicas, en la cual se evidencia cómo se ha venido perdiendo el individuo, a pesar que la democracia nace, en parte, de una exaltación a la libertad y autonomía personal. Inicia estudiando la democracia liberal, luego el pluralismo democrático, la teoría elitista y la teoría de sistemas, para mostrar cómo se ha llegado al punto de eliminación del individuo en la democracia y los espacios políticos. En otras palabras, Habermas reconstruye las tradiciones democráticas desde aquella que más relevancia y visibilidad dan al ser, hasta aquellas que lo hace desaparecer por completo del panorama político (la teoría de sistemas).

Inicia exponiendo como la tradición liberal de la democracia, que es organizar la sociedad a favor del individuo, para hacer del orden social garante de la realización de la condición humana

como sujeto, es la responsable de que se haga posible llevar una vida individual. En esta visión el Estado es percibido como un aparato de administración de lo público, la sociedad como el “sistema de interrelación entre las personas privadas y su trabajo social estructurado en términos de economía de mercado” (Habermas, 1998). Por eso, Habermas argumenta que, en la tradición liberal, la política se reduce a cumplir la función de mantener la relación entre los intereses sociales privados y el Estado, para lograr los fines colectivos establecidos.

Por otro lado, muestra la teoría del pluralismo basada en un “concepto empirista de poder” (Habermas, 1998, pág. 409). En esta teoría, la sociedad se organiza en asociaciones, divididas por sus propios intereses, que tienen cuotas similares de poder, lo que lleva a un pluralismo en el poder. En esta teoría, el poder político y el administrativo son instrumentalizados como elementos del poder social, medido “por la capacidad de imposición que tienen los intereses organizados” (1998, pág. 409). Es en esta comprensión donde el individuo queda reducido a un cliente que se vincula a la competencia de los partidos –asociaciones- por el poder, y la legitimidad queda supeditada al cumplimiento de las funciones. Si se compara con el liberalismo, el pluralismo se diferencia en que cambia a los ciudadanos particulares por asociaciones. Agrupaciones que disponen de las mismas oportunidades de participar y los mismos miembros son quienes determinan las acciones que han de asumir como corporaciones.

En este mismo sentido, la teoría elitista de la democracia intenta borrar, parcialmente, al individuo, debido a que los planteamientos de la visión pluralista fueron falseados, la revisión que hizo Shumpeter sobre los mismos llevó a que se formara un nuevo entendimiento de la democracia, en el que el individuo se libera de su responsabilidad de acción política y la entrega a otros. Así,

“los grupos de interés tienen una composición muy selectiva, y esos miembros son en gran parte inactivos y ejercen poca influencia sobre la política de la asociación, ahora se pasa a suponer que la lucha por el poder se dirime en lo esencial entre las élites” (Habermas, 1998, pág. 410). Por eso, Habermas argumenta que esta teoría “limpia los aditamentos pluralistas, [...] reduce en lo esencial el proceso democrático a una elección plebiscitaria entre cuadros de líderes” (1998, pág. 410). Para poder explicar cómo esta selección cerrada entre élites puede responder a las necesidades y demandas sociales, surgió la imagen de un aparato administrativo independiente de la sociedad, que fija las metas políticas y mantiene la legitimidad de la población.

La última teoría que estudia Habermas, y que termina de desaparecer la acción del sujeto en la política y la democracia, es la teoría de sistemas. En esta la democracia se reduce a la interacción de sistemas autorreferentes, con semántica propia que chocan. La sociedad se vuelve una “red de subsistemas autónomos que se encapsulan unos frente a los otros adoptando su propia semántica, y que constituyen entornos los unos frente a los otros” (Habermas, 1998, pág. 413). El ser desaparece, no existe. La democracia se vuelve procedimental, fundamentada en sistemas autopoiéticos, es decir que se auto encapsulan unos frente a los otros. La característica autopoiética de los sistemas y subsistemas muestra su incapacidad de apertura, al respecto destaca Habermas, “el ‘diálogo’ o ‘conversación’ entre los sistemas funcionales, a diferencia de lo que ocurre en la práctica comunicativa de los ciudadanos, no trataría normas, valores e intereses, antes se restringiría al objetivo cognitivo de aumentar reflexivamente el saber sistémico” (1998, pág. 426).

Como se puede ver, al no compartir un mundo común, la interacción entre sistemas se da sin que se puedan establecer normas comunes, por medios de acuerdos discursivamente

construidos. Al volverse la lógica de las sociedades contemporáneas sistémica y autopoiesica, los sujetos de acción desaparecen del proceso de toma de decisión y construcción de lo público; la semántica tecnocrática reemplaza la discusión incluyente de la democracia.

Adicionalmente, la legitimidad pasa a un segundo plano, pues sólo son válidas aquellas normas de acción que pudieran ser modificadas por los posibles afectados por ellas, si estos se consideran actores, actuando en la construcción de las mismas. En la sociedad sistémica, por el contrario, los seres no son actores del proceso de toma de decisión, la legitimidad que las normas que los sistemas generan se “da” por su condición autorreferencial, es decir, intentan darse legitimidad por fuera de la construcción intersubjetiva. Así entonces, podemos decir que estos sistemas sociales que borraron al individuo no gozan de legitimidad, o la van perdiendo con el tiempo. No obstante, los metarrelatos constitutivos de la posmodernidad les permiten sostener su hegemonía, nadie contradice a los expertos o su levantamiento poco es escuchado por sus semejantes.

Gracias al diagnóstico de Habermas podemos entender la sociedad posindustrial como una sociedad de sistemas, que dominan a los individuos. La acción del ser está limitada a lo que Arturo Escobar (1991) denominó el “hombre económico”, un individuo que está en continua competencia con sus semejantes para captar recursos sociales, es parte del sistema económico y cuyo objetivo es el éxito personal, a cualquier costo. Esto conlleva a la ruptura de los lazos de comunidad y al dominio del mundo objetivado, el de la razón pragmática, sobre cualquier forma de intersubjetividad capacitada para reestablecer los vínculos comunitarios. Paralelamente, los sistemas que controlan a la sociedad están objetivados, por lo cual no son puestos en duda. Estos,



a pesar de perder legitimidad social, siguen dominando el mundo posindustrial pues se sustentan el dominio de ciencia y la técnica para mantenerse en el poder; su nacimiento y mantenimiento están directamente relacionados con los pilares de la sociedad posindustrial: la ciencia, la técnica, el capitalismo y el Estado. Por eso, el ser debe siempre seguir las directrices impuestas por las autoridades e instituciones de los sistemas. Entonces, en este sentido, podemos denominar al ser posindustrial como un individuo unidimensional, individualista y supeditado a los sistemas, es decir, con poca libertad.

### **La Sociedad del Conocimiento como el capitalismo del conocimiento.**

Gorz (2001) señala que el concepto de Sociedad del Conocimiento se asemeja más a un capitalismo del conocimiento. Gracias al valor agregado que el conocimiento otorga hoy a los procesos de producción, la educación formal puede ser convertida en una “[...] forma de capital inmaterial y, por lo tanto, en propiedad privada de empresa, dándole el mismo trato que al capital material” (Krüger, 2006, pág. 9). En este sentido, con todas las características que ya se han dado sobre el proyecto ideológico de la SC y como este se fue consolidando a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, se puede darle la razón a Gorz, porque se vive, más que una *Sociedad del Conocimiento*, en un capitalismo del conocimiento. Como se ha venido exponiendo, la sociedad contemporánea es altamente compleja, interrelacionada y al mismo tiempo científica. El dominio de la razón instrumental, que consolidó el proyecto de la modernidad, ha llevado a una sociedad sistémica, dominada por los discursos técnicos, científicos y administrativos, encapsulando al hombre en su dimensión económica.

La relación entre técnica, ciencia y poder se explica en la capacidad de innovar dentro del mercado que otorga la formación científico-técnica, a la vez que, nutre las burocracias estatales. Por eso, actualmente la preparación formal se convierte en un factor determinante del éxito personal, porque permite al Estado mantener el control sobre la sociedad, a la vez que le da un mínimo de seguridad en el sistema económico mundial, cada día más inestable e impredecible, por el poco control que las instituciones públicas tienen sobre los mercados, gracias a que estos ya desbordaron las fronteras nacionales. Así pues, los procedimientos educativos deben preparar a los individuos para el sistema económico contemporáneo y la reproducción de las instituciones sociales vigentes, por eso Martha Nussbaum (2011) habla de que la educación contemporánea está enfocada en formar máquinas, más no ciudadanos.

Esta filosofía altamente economicista de las sociedades posindustriales también lleva a los individuos a estar en continua competencia por obtener los recursos sociales. El mundo laboral contemporáneo desarrolló un sistema salvaje donde los seres compiten por los mejores cargos, a cualquier costo, donde la inmediatez e inestabilidad de los cargos y la información reflejan lo que ocurre en los mercados mundiales y el Estado pierde su capacidad y función contracíclica, pues, está sometido a las dinámicas mundiales y no logra imponerse sobre el mercado. Si bien hoy en día el flujo de información ha llevado a tener normas sociales vertiginosamente cambiantes, también ha acarreado la homogenización de la humanidad en modelos impuestos por los sistemas y autoridades imperantes (Krüger, 2006). Se pueden modificar un sinnúmero de normas y establecer nuevos modelos sociales, pero estos siguen respondiendo a las mismas dinámicas: el capitalismo, el individualismo y la competencia.

Así pues, el individuo posindustrial, fomentado por la *Sociedad del Conocimiento*, es una persona preparada para innovar en el sistema económico y desarrollar cualquier función pragmática que se asigne. A su vez, es un ser egoísta que busca su éxito personal sin impórtale sus semejantes, pues no estableció vínculos con los otros, más allá de relaciones económicas. Está preparado para reproducir los sistemas sociales dominantes y para aumentar sus ganancias económicas, pero no, para pensar alternativas fuera de las instituciones sociales imperantes. Es un individuo relegado a su dimensión económica y el uso de la razón pragmática, que se mueve entre los diferentes sistemas sociales, más no busca cambiarlos. Es un sujeto sometido inconscientemente a las determinaciones de los expertos, relegado a moverse dentro de los sistemas sociales, e incapaz de pensar en el otro. El individuo contemporáneo está, más que en cualquier otro momento de la historia, encerrado en la jaula de hierro de la modernidad y la posmodernidad.

### **La *Sociedad del Conocimiento*: una doble comprensión.**

Como explicó Krüger (2006), el concepto de la *Sociedad del Conocimiento* se debe pensar bidimensionalmente. Por un lado, se describe como *Sociedad del Conocimiento* a las transformaciones sociales y el estado social actual que pone al conocimiento como centro de la organización y la movilidad social. Por otro lado, este término también es un proyecto de sociedad, generador y justificador de instituciones, donde se busca que el conocimiento se asuma como garante del desarrollo social y en ese sentido, como estructurador de las jerarquías sociales. Concentrándose en el análisis de la *SC* como ideología, se puede entender que la comprensión de esta, como marco de análisis, no permite vislumbrar el alto contenido ideológico del término en

sí, y cómo este lleva a la búsqueda del hombre unidimensional, encerrado en su dimensión económica-racional.

A partir de las diferencias entre saber y conocimiento, y conocimiento y ciencia, se explica cómo la *Sociedad del Conocimiento* hace parte del despliegue del proyecto de la modernidad, buscando mantener sus instituciones y reproducir su discurso e ideología. Por eso, la *SC* promueve un discurso favorable para las actividades encargadas de la creación de marcos reguladores y administradores de la sociedad, y aquellas capaces de fomentar el aumento de las riquezas. Es así, que se vale de diferentes narrativas para encaminar el trabajo del hombre a los intereses de las instituciones modernas. De esta forma, legitima un dominio de la razón pragmática sobre cualquier otra forma de pensamiento. Otorga prestigio a las actividades encargadas de producir conocimiento capaz de mejorar y crear formas más eficientes y eficaces de acumular capital, a la vez que, se castigan los actos y pensamientos que atentan contra la estabilidad de sus instituciones.

La *SC* justifica y busca un hombre cuyos cálculos y acciones razonables sirvan para la consolidación de los ideales de la modernidad. Por eso, esta ideología procura justificar y naturalizar los pensamientos sociales que encierran al individuo en su dimensión económica y racional, porque así logra que se considere como natural y única la forma de vida moderna. Una vez entendida esta ideología, se analiza su influencia en las ciencias sociales, para comprender, cómo estas han dado respuesta a la idea que tiene la *SC* de acabar con las disciplinas sociales, por medio de su desinstitucionalización.

## Ciencias sociales: realizadoras de la modernidad.

La *Sociedad del Conocimiento* promueve la formación del *Hombre Económico*, por ello, busca que adquiera las destrezas necesarias para pertenecer a los sistemas de producción y que cumpla con las reglas que garantizan la existencia de estos sistemas. Por esta razón, el discurso educativo pretende “naturalizar” la ideología contemporánea, para no permitir que sus miembros piensen por fuera de éste, porque no tienen otras formas alternativas de ver el mundo. Para lograr su objetivo, las políticas educativas promovidas por las naciones neoliberales han fomentado la idea de una educación medible mediante estándares, es decir, puntos de comparación universales, que caracterizan el proceso educativo en variables numéricas, y por tanto, determinan qué se enseña y cómo se enseña, sin importar el contexto donde se ubiquen. Las políticas educativas deben propender por formar individuos altamente capacitados en los conocimientos estandarizados como apropiados, y verificados por medio de pruebas, sistemas de evaluación y clasificación. Esto implica que los sistemas educativos deben realizar exámenes constantemente y en diversos puntos del proceso educativo, para certificar el cumplimiento de las metas de enseñanza de saberes y así garantizar que la masa estudiantil se forme en la ideología y conocimientos promovidos desde el Estado y demás instituciones encargadas del orden social.

Como explica la teoría Marxista, los sistemas educativos no forman sin un sentido orientador ideológico, es decir, la educación hace parte del adoctrinamiento dentro de una forma de entender y aproximarse al mundo (Bazdresch, 2001), una filosofía que determina estructuras de pensamiento y estilos de vida, capacitada para fomentar modelos de vida y acción; la educación determina y demuestra lo que es bueno y lo es considerado malo en una sociedad. Por eso, no se

puede pensar que la educación contemporánea es apolítica o no representa ninguna ideología, como la *Sociedad del Conocimiento* quiere dar a entender. Por el contrario, detrás de la educación de la *SC* se encuentra el fomento de la ideología liberal, el estilo de vida dentro del capitalismo y la naturalización de las instituciones económicas. En otras palabras, el proceso educativo de la *SC* refleja la búsqueda de una sociedad capitalista, en la cual la economía liberal de mercado sea asumida como una característica natural de la humanidad, y no como un momento histórico concreto.

En este sentido, como se ha venido argumentando, en la *Sociedad del Conocimiento* sólo se promueven saberes útiles para el mantenimiento del orden social o las instituciones sociales y para el crecimiento económico. De esta manera, si algún tipo de actividad no cumple con estos dos propósitos, será vista como un conjunto de saberes cuyo fomento no debe estar en las políticas educativas e instituciones sociales encargadas de formar a los individuos, por eso, desde diferentes voces, todas representantes de la doctrina de esta ideología, se ha venido abogando por el fin de las Ciencias Sociales como saberes institucionalizados. Es decir, como conocimientos impartidos y fomentados desde los sistemas educativos de cada país. Si bien los actores encargados de formar las políticas educativas no reconocen esta desidia frente a las Ciencias Sociales, las acciones y políticas que promueven, sí demuestran cómo se privilegian actividades de carácter instrumental sobre las ciencias sociales y las humanidades. Pero, ¿qué tienen de especial las ciencias sociales y las humanidades para que se fomenten estos discursos?, ¿por qué se quiere acabar con estos saberes?

Contrario a lo que parece dar a entender la *Sociedad del Conocimiento*, las ciencias sociales no nacieron como un resultado colateral de la modernidad o para hacer frente a ésta, por el contrario, son parte del núcleo constitutivo de las formas de organización política detrás del proyecto de la modernidad (Castro-Gómez S. , 2000). Al igual que las ciencias naturales establecieron mecanismos de administrar y transformar la naturaleza. Las ciencias sociales crearon marcos analíticos de administración de la sociedad, capacitados para guiar la acción social a objetivos específicos, es decir, capaces de cambiar las sociedades para el cumplimiento de metas concretas. En el siglo XIX, con la revolución industrial en marcha, “[l]a necesidad del estado moderno de un conocimiento más exacto sobre el cual basar sus decisiones había conducido al surgimiento de nuevas categorías de conocimiento desde el siglo XVIII, pero esas categorías todavía tenían definiciones y fronteras inciertas” (Braudel, 2013, págs. 8-9). Estas áreas del conocimiento fueron caracterizándose, unas frente a las otras a lo largo de este siglo, y como lo resalta Braudel (2013), gracias al trabajo de las universidades, en especial, de las facultades de filosofía, se pudo constatar.

En la Europa del siglo XIX, se ubica el surgimiento de las instituciones educativas modernas, este deseo-obligación de organizar y profesionalizar el conocimiento, llevó al surgimiento de sistemas cuya misión era la producción y reproducción de estos conocimientos. Braudel (2013), resalta que la división del conocimiento por objetos de disciplinas se dio por la creencia que “[...] la investigación sistemática requería una concentración hábil en las múltiples zonas separadas de la realidad, la cual había sido racionalmente dividida en distintos grupos de conocimientos” (2013, pág. 10). Sin embargo, las ciencias naturales no necesitaban de estas formas de organización para poder producir réditos. El apoyo social y político que recibieron al mostrarse

como capaces de aumentar la productividad de la sociedad, era suficiente para recibir los recursos y el reconocimiento para el desarrollo y la sistematización del conocimiento. Fueron los representantes de los conocimientos por fuera de éstas ciencias, los que se valieron de la estructura institucional del conocimiento para recibir el apoyo necesario para la producción y sistematización del mismo...

*Ellos atrajeron a los filósofos naturales hacia las nacientes estructuras universitarias para beneficiarse del perfil positivo que éstas poseían, [...] desde entonces las universidades pasaron a ser la sede principal de la continua tensión entre las artes o humanidades y las ciencias, que ahora se definían como modos de conocimiento muy diferentes, y para algunos antagónicos. (Braudel, 2013, pág. 10)*

Como se puede ver, la labor de las ciencias no naturales en el surgimiento de las formas de organización del conocimiento de la modernidad fue central en las estructuras sociales que hoy producen y reproducen los saberes contemporáneos. La universidad empezó a ser eje central en los sistemas de conocimiento y ciencia, gracias al trabajo de los estudiosos de éstas disciplinas, quienes lograron organizar la estructura social para hacerla favorable a las diferentes áreas del saber legitimado. Independientemente de sus objetos de estudio.

De forma paralela a los cambios en las comprensiones del mundo y la racionalización de los discursos justificadores de la acción, las revoluciones sociales y cambios en las organizaciones políticas ocurridas entre los siglos XVIII y XIX llevaron a formular la necesidad de estudiar y entender los diversos rumbos que podían tomar las sociedades. El periodo de surgimiento y consolidación de la modernidad no solamente transformó los sistemas educativos y el sistema de



producción, significó una transformación social profunda, debido a que cambió la filosofía de la sociedad y con ella los objetivos, medios, pensamientos, modelos y organización de las diferentes sociedades europeas. En este contexto, fue necesario comprender cómo se daban estos cambios, qué posibles implicaciones tendrían, y quizás más importante, como guiar las metamorfosis sociales para consolidar el proyecto de la modernidad, por medio de las instituciones reguladoras de la vida social. “[...] [P]ara organizar y racionalizar el cambio social primero era necesario estudiarlo y comprender las reglas que lo gobernaban. No sólo había espacio para lo que hemos llegado a llamar ciencia social, sino que había una profunda necesidad social de allá” (Braudel, 2013, pág. 11). La característica de ciencia que se le da a estas aproximaciones, que estudiaron la sociedad y sus dinámicas, significaba aproximaciones denotativas a los fenómenos sociales, en este sentido, una racionalización y administración de la sociedad; se “[...] intentaba organizar un nuevo orden social sobre una base estable, cuanto más exacta (o «positiva») fuese la ciencia tanto mejor sería lo demás” (Braudel, 2013, pág. 11).

Igualmente, ante la inestabilidad política y la necesidad de consolidar las instituciones que permitieran el desarrollo del capitalismo y el liberalismo. El Estado necesitó de discursos y pensamientos que lo legitimaran ante las poblaciones y le permitiera controlar la sociedad por medio de las instituciones públicas. Parte de esta legitimación se dio gracias a la construcción de discursos históricos forjadores de una identidad nacional. Como expone Braudel (2013), la historia dejaría de ser los relatos biográficos de la aristocracia, para empezar a construir relatos sobre los antepasados de los pueblos, justificando la soberanía de los gobernantes, “[...] “explicando el presente y ofreciendo las bases para una elección sabia del futuro” (2013, pág. 12). Este tipo de relatos fueron construidos bajo los nuevos principios de razón pragmática de las ciencias naturales,

la única forma de reconstruir la historia de los pueblos era por medio de pruebas “científicas” de lo ocurrido. La especulación, deducción y pensamiento por fuera del empirismo quedó encapsulado para las humanidades y la filosofía.

Así se dio una separación epistémica en el sentido y la filosofía de los saberes modernos; por un lado, estaban las ciencias naturales, cuyos conocimientos se daban por medio de la experiencia y la réplica. Los métodos empíricos buscaban establecer relaciones causales que explicaran el comportamiento del universo. Por otro lado, estaban las humanidades, que no necesitaban del empirismo para estudiarse y desarrollarse, permitiendo visiones más especulativas y contra fácticas del mundo. En medio de las dos se ubicaron las ciencias sociales, pues no son completamente especulativas, aunque si pueden ser guiadas por estudios sobre el deber ser de las sociedades; pero tampoco eliminan completamente los métodos empíricos. Estudian y crean situaciones comprobables, mediante los métodos científicos, de fenómenos tangibles de la realidad social.

En esta ruptura se puede identificar el privilegio contemporáneo de las ciencias instrumentales sobre las otras formas del saber. Como explica Braudel (2013), ante las necesidades políticas del momento, en el contexto de conflictividad y cambio social, “[...] el concepto de leyes deterministas parecía ser mucho más útil para los intentos de control tecnocrático de movimientos [...]” (pág. 13). Por eso, al consolidarse el dominio del Estado-nación, la economía capitalista y la visión liberal del mundo, no sólo se dieron cambios políticos o de organización social, sino también filosóficos y culturales, “[...] la ciencia (la física) fue colocada en todas partes en un pedestal” (pág. 13). Esto trajo consigo la hegemonía de la razón instrumental sobre otras formas de

conocimiento, “[...] [s]e proclamó que la ciencia era el descubrimiento de la realidad objetiva utilizando un método que nos permitía salir fuera de la mente, mientras se decía que los filósofos no hacían más que meditar y escribir sobre sus meditaciones” (Braudel, 2013, pág. 14).

A partir de ese momento la sociedad moderna estableció al empirismo como único marco de comprensión socialmente válido. Las instituciones públicas sólo podrían justificar sus acciones y decisiones en métodos científicamente válidos, es decir, metodologías empíricas cuyos resultados fueran “objetivos”. No obstante, no todos los estudiosos de las ciencias sociales y los filósofos reprodujeron este modelo, que buscaba ser universal. Algunas corrientes emprendieron una lucha por las otras comprensiones del mundo, pues estas reflejaban a quienes “[...] se resistían al cambio tecnocrático en nombre de la conservación de las instituciones y tradiciones existentes, [...] también [a] los que luchaban por posibilidades más espontáneas y radicales de introducir la acción humana en la esfera sociopolítica” (Braudel, 2013, pág. 13). En este sentido, Habermas (1987) analiza la función de las ciencias sociales y la filosofía, encontrando que estas tienen una doble tarea: por un lado, son disciplinas *hermenéuticas*, que interpretan la realidad para dar un sentido orientador de la acción humana, basadas en visiones del deber ser de las cosas; al mismo tiempo, son empíricas, porque utilizan métodos de análisis de la realidad social parecidos a los de las ciencias naturales. Por eso, las ciencias sociales pueden reproducir el sistema hegemónico de dominio de la razón instrumental, a la vez que, están capacitadas para generar opciones fuera de las instituciones sociales dominantes.

Sin embargo, algunas disciplinas sociales han dejado de lado las comprensiones *hermenéuticas*, convirtiéndose en reproductoras de las visiones instrumentales y sistémicas de la

sociedad. Para Habermas, por ejemplo, la ciencia política y la economía están basadas en el individualismo racional, es decir, sus explicaciones parten del privilegio de la acción instrumental sobre otras formas de razonamiento; por eso, se encapsula la acción de los actores únicamente en cálculos de costo-beneficio, dejando de lado las otras formas de racionamiento (1987). Parte de la ciencia política y la economía están basando sus explicaciones en la razón estratégica de los individuos, relegando las otras formas de acción humana al dominio de la razón pragmática. Asimismo, a medida que la complejidad de la sociedad fue aumentando, las ciencias sociales fueron modificándose para ir respondiendo a las nuevas necesidades del Estado y las instituciones para regular la vida social. El avance histórico de las disciplinas sociales ha estado marcado por el fortalecimiento de los pensamientos nomotéticos. El impulso positivista con el que surgieron las ciencias sociales ha continuado a lo largo de todo su devenir histórico, estableciendo modelos de instrumentalización de la sociedad, y permitiendo la consolidación del proyecto de la modernidad (Braudel, 2013).

Es así como la reproducción de las estructuras sociales de poder, se da desde la filosofía que guía algunos estudios de las ciencias sociales, donde se aplican los métodos de las “ciencias exactas” y las formas deterministas y de administración de la naturaleza a los estudios sociales (Braudel, 2013). Así, se administra la sociedad a partir de la filosofía liberal de la modernidad, se buscan patrones de comportamiento, estudios numéricos de la sociedad que permitan cuantificarla y guiar la acción social hacia los objetivos de la modernidad: el crecimiento económico apoyado en la estabilidad que generan las instituciones sociales (Foucault, 2013). Entonces, si las ciencias sociales son parte de las instituciones sociales que llevaron a la consolidación del proyecto de la modernidad, justificando los metarrelatos de la modernidad, y generando métodos y

procedimientos de administración de la sociedad, ¿por qué se está promoviendo la desinstitucionalización de las ciencias sociales?

### **Ciencias sociales sin *función social*: la modernidad ya está justificada.**

Una de las diferencias entre la modernidad y la posmodernidad es la falta de un modelo alternativo al liberal capitalista. En la época de la modernidad, el surgimiento de este proyecto de sociedad estuvo marcado por las pujas con otras formas de organización social, como las monarquías y las aristocracias. En su apogeo, la modernidad liberal estuvo en continuo choque con los proyectos alternativos de sociedad, el nazismo y el fascismo, el socialismo y el comunismo. Dentro de todas estas pujas, la más significativa, y de más larga duración, fue contra el comunismo y el socialismo que, en diferentes partes del mundo, fuera de los marcos filosóficos, políticos y económicos de la sociedad liberal moderna, lograron consolidarse mostrando formas no liberales de organización social. No obstante, ante el colapso de la Unión Soviética y la caída o apertura de los demás regímenes comunistas, la consecuencia fue que no había un proyecto de sociedad alternativo al liberal.

Ante la falta de un modelo por fuera los preceptos de la sociedad liberal y la organización capitalista, en el que ya no fue necesario justificar el proyecto liberal frente a otros. Las ciencias sociales perdieron parte de su función. Ya no se necesita una justificación histórica, política o cultural del proyecto hegemónico posmoderno, porque no había otro marco de referencia desde el cual orientar la acción humana. Junto a la caída de la URSS, los desarrollos tecnológicos permitieron una expansión nunca antes vista del modelo de vida occidental, el capitalismo alcanzó su dimensión global; la universalización del pensamiento occidental se fortaleció. Quien no entrara

en las dinámicas mundiales de apertura, quedaría aislado del mundo. Por eso, parte del discurso de la SC habla del fin de la historia, entendida como una constante lucha ideológica. Supuestamente, se estaba ante una sociedad cuyas ideologías se habían unificado en los principios reguladores del proyecto de la modernidad: la individualidad y el capitalismo que, a diferencia de la época moderna, en la sociedad posindustrial, no se pone en duda desde las instituciones sociales la legitimidad del mercado, ni la individualidad del ser. Las alternativas a los proyectos hegemónicos se dan a partir de estas dos premisas: pareciese que la modernidad ganó su lucha y logró universalizar sus ideales.

Al no tener un marco comparativo, el proyecto posmoderno y sus ideales se han asumido como condiciones sociales naturales. Las ciencias sociales, nacidas para ayudar a la consolidación del proyecto de la modernidad, han cumplido su labor creando una situación ideal dentro del proyecto hegemónico nacido en Europa y Estados Unidos. Los metarrelatos de la modernidad hoy son verdades incuestionables. Para aquellos que creen en este paradigma y hacen esta lectura de la realidad contemporánea las ciencias sociales pierden sentido y *función social*. Ya no se necesitan disciplinas que justifiquen el proyecto de la modernidad, porque ya no hay otra alternativa que ponga a disposición otros preceptos filosóficos y estilos de vida. Adicionalmente, ya no se necesitan marcos de comprensión para la administración de los recursos sociales, porque la sociedad ya está adaptada a los principios del mercado y por tanto esta entidad puede regularla sin la necesidad de la intervención de los individuos. Ya no es necesario crear mecanismos de intervención en la sociedad desde las ciencias sociales, pues ésta –la sociedad- es cada día más parecida a una empresa, una red de sistemas cuyo objetivo es la generación y aumento de las

ganancias; desde la administración o la economía se puede generar todo el conocimiento necesario para mantener el orden social, para hacer gestión social.

Por todo lo anterior, esta visión aboga por un Estado pequeño que corrija algunas fallas del mercado y que continúe otorgando las garantías suficientes para la existencia del mercado, más no intervenga en él, este debe ser autónomo y permitirles a los individuos desarrollar su libertad de acción individual. El fin de la historia es también la finalización de las pujas ideológicas y la aceptación del estilo de vida liberal como el único y más desarrollado modelo de vida. Ante este panorama, ya no se necesitan áreas del conocimiento justificadoras y administradoras de la sociedad. Por el contrario, se precisan de disciplinas que ayuden a aumentar la ganancia de los sistemas sociales ya establecidos, que innoven dentro de estos sistemas, que desarrollen nuevos productos o procesos capaces de aumentar la riqueza, que comprendan y saquen provecho del mercado financiero; que generen desarrollo, entendido en términos del aumento de la ganancia marginal. Las ciencias sociales ya no son necesarias pues estas no tienen como objetivo el aumento de la riqueza.

### **Las ciencias sociales de la *Sociedad del Conocimiento*: eficiencia y eficacia, los pilares de la investigación.**

Ante este panorama, parte de los científicos sociales han optado, consciente e inconscientemente, por hacer de sus campos de conocimiento saberes aptos para la SC. Los preceptos, métodos y formas de producción del conocimiento de las ciencias sociales se han adaptado a los ritmos, procesos y pensamientos de la SC. Como expone Masías (2012), las ciencias sociales se han visto profundamente transformadas por el discurso contemporáneo. Los marcos de

medición de las ciencias sociales se empezaron a semejar a los del sistema productivo mundial, criterios de eficiencia y eficacia están dominando el *êthos* del investigador social contemporáneo.

Actualmente, explica el autor, los investigadores sociales realizan una “[...] una lectura racionalizante y administrativa, con fines instrumentales hacia unos *réditos* concretos” (Masías, 2012, pág. 176). Al igual que en las otras áreas del conocimiento, las disciplinas sociales empezaron a hacer más eficientes sus procesos de producción, por eso, no puede existir una aproximación a la realidad social que no sirva para publicar unos resultados de investigación, no puede haber un proceso sin un producto; “quien no publica no existe” (pág. 176). Similar a los sistemas de innovación de las ciencias de las empresas, las ciencias sociales fueron capaces de cambiar su cadena productiva para aumentar el *redito* de las investigaciones, por eso, de una sola investigación pueden salir varias publicaciones –productos-. Los nuevos formatos digitales y las herramientas brindadas por las TIC permiten fraccionar las publicaciones, en ese sentido, se puede aumentar los productos originados de un sólo proceso investigativo. Así, como explica este mismo autor, se está ante un nuevo *êthos* que guía la acción del investigador: se investiga para publicar y entre más se publique mejor investigador se es.

Para que esto fuese posible, tuvieron que cambiar varios aspectos de los métodos y naturaleza investigativas de las disciplinas sociales. Argumenta Masías (2012) que el investigador contemporáneo “cree que el conocimiento tiende a caducar cada vez más velozmente, [por eso] se sumerge en la lectura actual que es sinónimo de lo más reciente” (pág. 176). Al igual que en los procesos económicos, en especial los financieros, pareciese que las ciencias sociales contemporáneas no pueden perder la característica de inmediatez de la información, sólo lo nuevo



sirve, pues a partir de esto se innova. La transmisión en tiempo real de los conocimientos, característica indispensable de los procesos mercantiles y productivos posindustriales, también ha afectado a las ciencias sociales. Estas impusieron como necesidad estar al día de lo que se produce en sus campos de conocimiento, siempre buscando cómo se puede “innovar”, crear nuevos productos, a partir del conocimiento más reciente. Por eso, resalta Masías, una de las características del investigador social actual es que “[d]eja de leer a los clásicos de las ciencias sociales, puesto que es presa de una lectura urgente para no quedar rezagado” (2012, pág. 176).

Como explica Lyotard (2004), las ciencias han desarrollado en su devenir histórico una serie de reglas y códigos lingüísticos que garantizan el mantenimiento de su estatus como institución social. Esta condición, definida como un axioma del qué hacer científico, certifica que se realicen los actos performativos garantes de la reproducción y legitimación de las normas propias de cada saber científico. Asimismo, el lenguaje de cada ciencia refleja el paradigma que se espera guíe la acción de los científicos y los objetivos de las investigaciones. En este marco, Masías muestra que por eso el investigador social de la SC “[...] cuando escribe elegirá el lenguaje directo, una especie de lenguaje expeditivo y clónico, bastante previsible, escasamente literario, y el texto corto en extensión. [Por eso es] el artículo, el formato material y el género [...] son más propicio para todas sus esperanzas” (2012, pág. 176). El lenguaje de las ciencias sociales también se ha visto modificado por las nuevas opciones y presiones de las plataformas tecnológicas de la sociedad posindustrial, y con este se han cambiado las costumbres, métodos, formas, productos y filosofía del investigador social.

Al igual que con las otras formas de conocimiento y procesos productivos, las ciencias sociales buscaron la forma de ser más eficientes en la generación de productos. En la Universidad de los Andes, por ejemplo, en “el año 2002 [...] se triplicó la producción del año anterior y se cuadruplicó la del tras anterior; y el año 2006, [...] se pasa la barrera de los 30 libros por año” (Masías, 2013, pág. 176). Asimismo, el cambio del lenguaje también significó la búsqueda de un público más amplio para aumentar el número de lectores de los productos. Si bien no son todos los investigadores, hay un grupo que “[...] confunde intencionalmente ciencia con literatura, argumentando, [...] superioridad de la literatura en la comprensión y comunicación de la realidad social. Su más caro anhelo es ser tan buenos investigadores como buenos literatos; quieren que sus escritos agraden y sean leídos con placer” (Masías, 2013, pág. 181). Al igual que en otras actividades productivas, las ciencias sociales contemporáneas hicieron más eficientes sus procesos y aumentaron el público objetivo de sus productos.

Podríamos decir, a manera de conjetura, que, teniendo en cuenta la evolución similar de las ciencias sociales a otras actividades productivas, estamos ante la mercantilización de las disciplinas, es decir, el ingreso de los valores de la SC a las ciencias sociales puede también significar que estas pongan como su objetivo máximo el aumento de la eficiencia y eficacia de la actividad investigativa, para poder aumentar su productividad. Al igual que los fenómenos sociales que permiten la legitimación de los principios de la SC, las ciencias sociales podrían limitarse a medirse mediante esquemas de productividad, por tanto, concentrarse sólo en aquellas acciones que más productos permitan sacar al mercado. El cambio en el *êthos* de las ciencias sociales que explica Rodolfo Masías, da muestras de este fenómeno, el investigador se concentra en ganar prestigio –éxito personal- por medio de sus publicaciones, esto a su vez lo lleva a buscar obtener

el mayor rédito posible de una sola investigación, por lo que realiza varios artículos, cortos, de una misma aproximación a la sociedad, sin dejar de realizar libros u obras más extensas, igualmente consumibles. Al mismo tiempo, busca que el público de su producto sea cada vez más amplio, por lo que escribirá usando lenguaje propio de la literatura. Las ciencias sociales de la SC son las ciencias sociales de la productividad.

Otra de las características de las disciplinas sociales de la SC, es el abandono de los estudios teóricos y filosóficos de la sociedad. Como expone Braudel (2013), la modernidad favoreció los estudios empíricos, de las ciencias naturales, sobre las otras formas de análisis de la realidad. La filosofía y la teoría eran vistas con menos utilidad que los estudios nomotéticos capaces de establecer normas universales de acción. Esta preferencia por el empirismo se trasladó a las ciencias sociales, se le ve mayor utilidad a los estudios sociales que replican metodologías empíricas de investigación, que aquellos teóricos o ensayísticos. En el paso a la posmodernidad este abandono por la teoría y la filosofía se consolidó. Foucault (2013) explica que, una de las consecuencias del dominio de Estados Unidos como la única súper potencia occidental en los primeros años posteriores a la segunda guerra mundial, fue que las ciencias sociales se “acomodaron” a los intereses de este país. Al ser el único país con los recursos suficientes para financiar las investigaciones y al tener concentradas a las universidades y académicos más prestigiosos del mundo, debido a la gran destrucción de Europa durante la guerra, desde los Estados Unidos surgieron los temas internacionales más relevantes para la investigación social, se difundieron masivamente sus teorías, metodologías y metarrelatos. La escuela norteamericana se volvió una de las corrientes sociales, políticas y filosóficas más influyentes en el mundo occidental.

Al estar ampliamente relacionada con el pensamiento eurocéntrico y teniendo como objetivo la consolidación de Estados Unidos como hegemón del mundo y por estar al servicio y ser parte del gobierno de ese país, la escuela estadounidense difundió el pensamiento positivista como la aproximación más asertiva a la sociedad. Al igual que los Estados europeos en la modernidad, Estados Unidos en el tránsito hacia la posmodernidad consolidó su proyecto social apoyado en las instituciones educativas y los medios de comunicación, capacitados para crear modelos sociales. La difusión del pensamiento positivista de esta corriente estuvo marcada por la búsqueda de teorías nomotéticas de la acción humana, el determinismo social, la difusión del liberalismo y la escuela neoclásica de la economía. El resultado de este proceso fue el establecimiento de una ciencia social replicadora de los modelos de las ciencias naturales para establecer sus análisis de la sociedad.

Esto significó un abandono de la teoría y la filosofía por parte de algunas corrientes dentro de las ciencias sociales. Al naturalizar las instituciones sociales liberales ya no se vio la necesidad de teorizar sobre la sociedad, ni hacer reflexiones sobre el deber ser de la acción humana. Este pensamiento se fortaleció con la caída del muro de Berlín, que se asumió como el fin de las contradicciones ideológicas de la acción humana. Ante la falta de una alternativa viable, se creyó que el pensamiento liberal había naturalizado por completo. Ya no se considera necesaria la teoría social o la filosofía porque las preguntas que planteaban ya fueron contestadas; todas las respuestas están enmarcadas en la pragmática, el capitalismo y el liberalismo.

Esta ruptura entre la función *hermenéutica* y la empírica de las ciencias sociales consolidó la función de los investigadores sociales contemporáneos como reproductores del orden social existente; ya no se buscaba mostrar un deber ser de las cosas, sino que se exponía la realidad “tal

y como es”, sin dar una opinión sobre esta. Encapsuló a algunas corrientes de las ciencias sociales en el liberalismo y el capitalismo, haciendo que sus contenidos se adecuaran a las necesidades de las estructuras y órdenes sociales existentes. Las corrientes de las ciencias sociales que nacieron dentro de los marcos narrativos de la SC se volvieron autorrealizadoras de su objetivo ideológico, es decir, a la vez que analizan la sociedad para concluir que el conocimiento es central en la organización social contemporánea, hacen del conocimiento y la productividad valores fundamentales del *êthos* del investigador social. Estas corrientes afianzan a las ciencias sociales como parte de los subsistemas sociales contemporáneos, convierten a las disciplinas sociales en marcos justificadores del encapsulamiento del individuo en los sistemas sociales. Así, las ciencias sociales positivistas hacen parte de las instituciones sociales legitimadoras y reproductoras del proyecto de sociedad propuesto y a su vez auto-realizado de la SC.

### **Ciencias sociales: la tensión entre la justificación y la crítica.**

Hasta este momento se ha mostrado, cómo las ciencias sociales son un producto consciente y necesario dentro del proyecto de la modernidad. Debido a que las transformaciones sociales que significaron el paso de la pre-modernidad a la modernidad y el mantenimiento de las instituciones sociales garantes de la forma de organización social moderna, necesitaban la aplicación de conocimientos capaces de administrar y guiar la acción social hacia los objetivos del proyecto de la modernidad. Las ciencias sociales se convirtieron en el área del conocimiento encargada de diseñar, aplicar y evaluar modelos y procesos de administración de las acciones sociales, por medio de metodologías que replicaban los conceptos de las ciencias naturales en sus investigaciones sociales. Adicionalmente, se mostró cómo las disciplinas sociales también fueron las encargadas de justificar y defender el proyecto de la modernidad frente a otras formas de organización social,

por medio de la construcción de narrativas históricas, nacidas dentro del empirismo, que legitimaron el dominio del Estado-nación moderno, su soberanía y sus instituciones.

Asimismo, se expuso cómo el paso de la modernidad a la posmodernidad estuvo marcado por la caída de los modelos de vida fuera del pensamiento liberal, lo que significó que las ciencias sociales perdieran parte de su *función social*, ya no se necesitaban conocimientos encargados de emprender la defensa del estilo de vida liberal, pues ya no existían otros marcos de referencia desde los cuales pensar la sociedad. Por otro lado, el desarrollo de los procesos de administración de la sociedad, junto a la consolidación de las instituciones sociales liberales, llevó a una reducción de la vida social a las interacciones sistémicas. Estas interacciones se presentan en el marco de encapsulamiento del ser a su dimensión económica, por lo que, el área de estudio de las disciplinas sociales es cada vez más cercana a los estudios de las disciplinas económicas y la administración, lo que hace que las ciencias sociales pierdan *función social*, pues cada vez son más semejantes a estas disciplinas empírico-analíticas. La sociedad es cada día más parecida a una empresa y en ese sentido su análisis comienza a semejarse al realizado para este tipo de instituciones.

Se enseñó como otra de las características del tránsito entre la modernidad y la posmodernidad es el dominio de Estados Unidos en el panorama mundial y su influencia sobre las ciencias sociales. Al ser este país la única súper potencia occidental, asumió la capacidad para manejar la agenda mundial, lo que determinó muchos de los temas de estudio de las disciplinas sociales. Esto se debe, en parte, a que en Estados Unidos se concentró la oferta de académicos y universidades de prestigio, por lo menos en los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial, pues este país era el único con recursos suficientes para financiar las

investigaciones; Europa estaba destruida. Algunos de estos académicos estaban al servicio o hacían parte del gobierno estadounidense, por tanto, las prioridades de sus investigaciones se reflejaron en el Estado y viceversa. Adicionalmente, la corriente de ciencias sociales nacida en este país, la escuela norteamericana, profundizó la visión europea de unas disciplinas sociales similares a las ciencias naturales, buscando un predominio del empirismo. Así, las ciencias sociales de esta corriente son caracterizadas por ser positivistas, nomotéticas y alejada de la tradición *hermenéutica* de las disciplinas sociales.

Este distanciamiento de la escuela estadounidense, sumada a su influencia mundial, llevó a configurar unas ciencias sociales empiristas, que asumen como naturales las instituciones sociales liberales. Esto hace que dichas disciplinas sociales sean reproductoras y legitimadoras del proyecto de la modernidad en su etapa más desarrollada, la posmodernidad. Igualmente, con la entrada a la vida social de las TIC y los valores sociales traídos desde las ciencias naturales y la economía, las ciencias sociales se volvieron disciplinas de la eficiencia y la eficacia. Los investigadores comenzaron a transformar sus investigaciones para hacerlas más eficientes a la hora de sacar un producto al mercado. El *êthos* del investigador social contemporáneo está marcado por el productivismo, “quien no publica no existe”, y de una investigación se pueden sacar varios productos. Así pues, todo acercamiento a la sociedad tiene único fin: publicar. El prestigio del investigador se fundamenta en su capacidad de publicar y la cantidad de escritos realizados. Por ello, nos encontramos ante estudiosos de las disciplinas sociales que realizan procesos investigativos administrativos y racionalizantes. Las lecturas que hacen deben ser de textos recientes, pues consideran que el conocimiento tiende a caducar, por lo que dejan de lado los escritos clásicos de las ciencias sociales. Adicionalmente, sus escritos los hacen con un lenguaje

directo, pero usando figuras literarias para hacerlos atractivos a todo tipo de público, fabrican productos de consumo masivo. Y, teniendo en cuenta el desdén por la filosofía y la teoría, sus publicaciones son estudios empíricos, con metodologías preferiblemente cuantitativas y similares a las de las ciencias naturales, pues privilegian el prestigio de los datos numéricos en la SC.

Ahora bien, no todos los estudiosos de las ciencias sociales han hecho de sus investigaciones marcos realizadores del proyecto de la modernidad. Dentro de las ciencias sociales existen corrientes críticas que buscan transformar el modelo liberal de vida e incluso abogan por su fin. Estas formas de pensamiento se originan y patrocinan desde diferentes partes del mundo, por lo que no se puede pensar que provengan de un lugar geográfico común. Asimismo, derivan y se nutren de diferentes disciplinas sociales y de las humanidades, por lo que, no se pueden encapsular como el producto del desarrollo o del devenir histórico de una disciplina en concreto. Igualmente, diagnostican a la modernidad y la posmodernidad con diferentes resultados, exponiendo diversidad de críticas sobre las formas como este proyecto nació y se consolidó.

También, han denunciado injusticias y opresiones generadas por el modelo filosófico que guía el proyecto hegemónico mundial, por lo que sus propuestas reúnen el carácter epistémico y el carácter *hermenéutico* de las ciencias sociales. Adicionalmente, estas corrientes críticas han denunciado cómo las ciencias sociales pueden convertirse en instrumentos de poder y cómo sirven de marcos de referencia para constreñir la acción humana. Por eso, han hecho diversos diagnósticos sobre la realidad de las disciplinas sociales y han desarrollado propuestas alternativas de ciencias sociales. Algunas, incluso, al igual que la SC, han abogado por a desinstitucionalización de las ciencias sociales.



Se puede decir, a manera de conjetura, y a falta de un proceso investigativo para comprobarlo, que las corrientes críticas se pueden categorizar en dos, aquellas que se dedican a denunciar injusticias y opresiones del proyecto hegemónico actual, las realistas; y aquellas que van más allá de la denuncia y apuntan a la agencia y la capacidad de transformar la sociedad. Entre las múltiples corrientes críticas existentes, el siguiente capítulo se concentra en el análisis de una de las propuestas críticas de transformación más interesantes que existen, el Giro Descolonial. Una corriente marcada por la variedad disciplinar y geográfica en los pensadores que la componen, las diversidades de pensamientos entre sus autores, y la continua tensión y debate entre ellos. Además, se hace un diagnóstico interesante de las ciencias sociales a partir de las posturas críticas de cada uno frente al proyecto de la modernidad y la sociedad contemporánea, el cual, está acompañado de una variedad de propuestas para modificar las ciencias sociales y la sociedad contemporánea.

## **El Giro Descolonial, crítica a las ciencias sociales de la colonialidad y sus orígenes: el eurocentrismo, el dualismo y el universalismo.**

El Giro Descolonial es una de las corrientes críticas que más asidero ha tenido en América Latina<sup>3</sup>. Como se puede inferir de su nombre, realiza una crítica a la colonialidad, exponiendo y denunciando las consecuencias del desarrollo histórico de las sociedades dentro de los paradigmas colonialistas. Así, entrega un marco explicativo para las injusticias, inequidades y desigualdades contemporáneas, a la vez que, plantea una propuesta de descolonización de las sociedades. Parte

---

<sup>3</sup> Varios de sus principales representantes tienen como lugar de origen un país latinoamericano, han trabajado en la región o su formación académica ha sido en instituciones educativas del subcontinente.

de su propuesta, denuncia las estructuras colonialistas dentro de las ciencias sociales y busca de construir las para forjar unas nuevas disciplinas sociales. Algunos de los autores del Giro Descolonial, han dedicado su trabajo al análisis de la colonialidad existente en las instituciones sociales de la modernidad y la posmodernidad. Dentro de esta iniciativa, se han realizado análisis sobre la colonialidad presente en el saber y el conocimiento moderno y contemporáneo, explicando su devenir histórico y las consecuencias sobre el proyecto de la modernidad y la sociedad actual.

Como explican Castro-Gómez & Grosfoguel (2007), esta corriente muestra que la estructura económica contemporánea “[...] resignifica [...] las exclusiones provocadas por las jerarquías epistémicas, espirituales, raciales/étnicas, y de género/sexualidad desplegadas por la modernidad. De este modo, las estructuras de larga duración formadas durante los siglos XVI y XVII continúan jugando un rol importante en el presente” (pág. 14). Por eso, su crítica nace de los cambios políticos, sociales, económicos y culturales de estos siglos, para demostrar que las instituciones sociales contemporáneas, conocimiento y las ciencias sociales son saberes coloniales y eurocéntricos. Así, para poder comprender esta corriente es necesario remontarse a esos siglos, enfocándose en las transformaciones que llevaron al surgimiento de las instituciones que consolidaron el proyecto de la modernidad, buscando evidenciar su naturaleza colonial.

### **La colonialidad: eurocentrismo, el hemisferio occidental, la modernidad y la posmodernidad.**

Autores como Quijano y Dussel definen el eurocentrismo como “[...] una *actitud colonial* frente al conocimiento, que se articula de forma simultánea con el proceso de las relaciones centro-periferia y las jerarquías étnico/raciales” (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007, pág. 20). Como explican Castro-Gómez & Grosfoguel (2007), en esta actitud se privilegia el conocimiento europeo

sobre cualquier otra forma de producir saberes, “[s]olamente el conocimiento generado por la elite científica y filosófica de Europa era tenido por conocimiento “verdadero”, ya que era capaz de hacer abstracción de sus conocimientos espacio temporales para ubicarse en una plataforma neutra de observación” (pág. 20). Esta situación, como explica Dussel (2000), no hace referencia a toda Europa, ni a toda la historia europea, corresponde sólo una versión la cual identificó el origen de la “Europa moderna” en una diacronía lineal entre la Antigua Grecia-Roma-Europa. Este esquema “es un invento ideológico de fines del siglo XVIII romántico alemán; es entonces un manejo posterior del ‘modelo ario’, racista” (pág. 41).

Antes del siglo XV Europa no era el centro político, económico, ni social del mundo. De hecho, la Europa latina era considerada un lugar periférico dentro de la organización social de la época. Constantinopla y el mundo musulmán dominaban el panorama político y mercantil mundial. Gracias a su posición geográfica, que conecta a Asia, Europa y África, estos pueblos tenían el dominio de las mercancías que salían y llegaban a Europa, porque sus territorios eran pasos terrestres y marítimos obligados para los viajeros del continente euro-afro-asiático (Ferrer, 1996). Ante este dominio musulmán, los monarcas europeos buscaron diferentes formas de aumentar sus riquezas sin necesidad de hacer el tránsito de los productos por los territorios de oriente medio. En esta búsqueda de nuevas rutas de comercio, Cristóbal Colón descubrió un nuevo continente, América, y los españoles emprenden el proceso de colonización de estos territorios. A partir de este momento, se puede identificar el paso de unas culturas y sistemas políticos que sólo coexistían entre sí, al despliegue del sistema-mundo (Dussel, 2000).

Como explica Dussel, España reconfigura los poderes en Europa, a partir del dominio sobre América, y se convierte en la primer nación “moderna”: tiene un Estado que concentra el poder y lo unifica en la península; una idea nacional unificada por la Inquisición “[...] que crea de arriba-abajo el consenso nacional [...]”; centralización del poder militar con la conquista de Granada; tiene una lengua unificada, “con la edición de la Gramática castellana de Nebrija en 1492”, y el Estado domina a la iglesia (2000, pág. 46). Gracias a la acumulación de riquezas que permitió la explotación de recursos en América, se pudo derrotar al imperio Otomano en Lepanto, frenando su expansión. Además, las nuevas rutas comerciales hacen que el océano Atlántico remplazara, en importancia comercial, al mar Mediterráneo. Esto llevó a que la relación geográfica centro-periferia se trasladara, ahora el centro era Europa occidental y las periferias fueran Europa Oriental, las Américas, Asia y África.

En el siglo XVIII, y principios del siglo XIX, se presentan otros fenómenos que afianzan el dominio europeo en el mundo y trasforman la forma en la que se concibe la historia mundial. Gracias a la revolución industrial, Inglaterra remplaza a España como hegemón del mundo, las ideas de la revolución francesa comienzan a impactar a toda Europa y el modelo de vida liberal-capitalista comienza su puja contra las otras formas de organización social (Dussel, 2000). Cómo explica Walter Mignolo (2000), la influencia de Inglaterra fue tan fuerte, que reconstruyó la narrativa de la historia mundial a partir de su dominio, marcando el inicio de la modernidad con su industrialización. Por eso, “[e]n la interpretación la interpretación habitual de la Modernidad se deja de lado a Portugal y España, y con ellos el siglo XVI hispanoamericano, que en opinión unánime de los especialistas nada tiene que ver con la “Modernidad” -sino, quizá, con el fin de la Edad Media-” (2000, pág. 47).

En este sentido, el proyecto colonial de la modernidad no solamente explotó recursos de sus colonias, sino que les asignó un lugar inferior en la organización social mundial, a partir de la legitimización de imaginarios sociales que negaban la historia y cultura propia de los pueblos colonizados. Los pueblos colonizados hacían parte de la historia del sistema-mundo como actores pasivos, incapaces de actuar por sí mismos, bárbaros pre-modernos que deberían ser iluminados con la sabiduría de la modernidad y, por tanto, ser gobernados por las naciones europeas (Dussel, 2000). Mignolo analiza este imaginario para demostrar que las estrategias coloniales del poder, o colonialidad del poder, “fue y es una estrategia de la “modernidad,” desde el momento de la expansión de la cristiandad más allá del Mediterráneo (América, Asia), que contribuyó a la autodefinición de Europa, y fue parte indisociable del capitalismo, desde el siglo XVI (2000, pág. 57).

En este sentido, este mismo autor analiza cómo el devenir histórico del capitalismo fue ocultando ese uso del poder colonial, debido a que sólo las narrativas europeas eran las difundidas y enseñadas. La historia parroquial europea se configuró como la historia universal de las sociedades, lo que naturalizó las instituciones modernas. Como explica Dussel (2000), El “eurocentrismo” de la Modernidad es exactamente el haber confundido la universalidad abstracta con la mundialidad concreta hegemonizada por Europa como “centro” (pág. 48).

Mignolo argumenta que el nuevo modelo económico, surgido en la modernidad, basó su desarrollo y consolidación en este imaginario. El capitalismo reestructuró las relaciones sociales de producción, ubicando en la cúspide de la pirámide a los europeos:

*[...] la economía capitalista cambió de rumbo y aceleró el proceso [de consolidación del imaginario social de la modernidad] con la emergencia del circuito comercial del Atlántico, la transformación de la concepción aristotélica de la esclavitud exigida tanto por las nuevas condiciones históricas como por el tipo humano (e.g., negro, africano) que se identificó a partir de ese momento con la esclavitud y estableció nuevas relaciones entre raza y trabajo. A partir de este momento, del momento de emergencia y consolidación del circuito comercial del Atlántico, ya no es posible concebir la modernidad sin la colonialidad, el lado silenciado por la imagen reflexiva que la modernidad (e.g., los intelectuales, el discurso oficial del Estado) construyó de sí misma (Mignolo, 2000, pág. 58).*

Este mismo autor resalta que, a pesar de que la posmodernidad se intenta mostrar como crítica de la modernidad, reproduce el colonialismo, pues “[...]mantiene la lógica universal y mono-tópica -desde la izquierda y desde la derecha- desde Europa (o el Atlántico Norte) hacia afuera. La diferencia colonial (imaginada en lo pagano, lo bárbaro, lo subdesarrollado) es un lugar pasivo en los discursos postmodernos” (2000, pág. 58). En este sentido, las construcciones sociales, como la división del mundo por hemisferios, demuestra las nuevas expresiones de colonialidad. Ya no existe un control directo sobre las colonias, las instituciones Estatales coloniales dejaron de existir ante las independencias de las colonias. Sin embargo, en los imaginarios sociales se mantiene la superioridad del parroquialismo europeo sobre las demás culturas. La división del mundo por hemisferios demuestra la centralidad euro-estadounidense en la organización del sistema mundial. Además, al dividir oriente de occidente, se refuerza la comprensión de oriente como aquello diferente e incivilizado. Asimismo, otorga un lugar

subalterno a América Latina, si bien hace parte del hemisferio occidental, no es un espacio totalmente moderno y civilizado, por tanto, no tiene capacidad de autogobernarse (Mignolo, 2000).

Este paso de la modernidad a la posmodernidad estuvo marcado por el surgimiento de Estados Unidos como gran dominador de occidente, reconfigurando las condiciones coloniales de reproducción social. Europa ya no era el centro del mundo, sino todo el atlántico norte. Las relaciones políticas, económicas y sociales, surgidas a partir del poder hegemónico estadounidense, marcaron una nueva forma de colonialidad, que se arraigó en el imaginario social y se afianzó por medio de las instituciones sociales. En la crítica que Mignolo hace a Huntington, resalta que en el concepto de “hemisferio occidental” se muestra la reconfiguración de la diferencia colonial y se absorbe el concepto de “misión civilizadora” (2000). Es un nuevo contexto, en el cual las relaciones políticas y la construcción de la historia se hacen desde el norte hacia el sur, desde Estados Unidos y Europa Occidental hacia África América Latina y Asia. En esta división por hemisferios, surge el “occidentalismo” como ...

*un conjunto de prácticas representacionales que participan en la producción de concepciones del mundo que 1) dividen los componentes del mundo en unidades asiladas; 2) desagregan sus historias de relaciones; 3) convierten la diferencia en jerarquía; 4) naturalizan esas representaciones; y 5) intervienen, aunque sea de forma inconsciente, en la reproducción de las actuales relaciones asimétricas de poder.*

(Coronil, 1999, pág. 214)

De esta manera, el nuevo sistema-mundo, dominado por Estados Unidos, es una nueva etapa de la colonialidad inherente al proceso de la modernidad. En este nuevo despliegue del

proyecto impulsado por Estados Unidos y Europa, “[l]a diferencia colonial se redefine en las formas globales de colonialismo motivadas por las finanzas y el mercado, más que por la cristianización, la misión civilizadora, el destino manifiesto o el progreso y el desarrollo” (Mignolo, 2000, pág. 81). Ante esta nueva forma de ejercer la colonialidad, que ya no necesariamente impulsa los valores europeos, sino los nuevos valores hegemónicos estadounidenses, se pasó de una estructura colonial eurocéntrica a una globo céntrica (Coronil, 2000). Luego del occidentalismo, la globalización evoca el surgimiento de una nueva era, donde se realice “[...] el sueño de una humanidad no dividida entre Oriente y Occidente, Norte y Sur, Europa y sus Otros, ricos y pobres” (Coronil, 2000, pág. 28). Sin embargo, su trasfondo sigue siendo colonial, a las estructuras que llevaron a la dominación europea y estadounidense dentro de las naciones se les dio un carácter global.

Esta nueva etapa, cuyo centro es la globalización del capital, profesa una gran aldea global sin inequidades o diferencias, a partir del capitalismo global. Sin embargo, continúa afianzando una estructura centro-periferia, donde los grandes centros de producción mundial, Europa, Estados Unidos y las potencias asiáticas, concentran la ganancia del trabajo mundial y distribuyen las pérdidas en los países periféricos. “[U]nifica dividiendo. En vez de la reconfortante imagen de la aldea global, ofrecen, desde diferentes perspectivas y con diferentes énfasis, una visión inquietante de un mundo fracturado y dividido por nuevas formas de dominación” (Coronil, 2000, pág. 88). A pesar de la independencia política obtenida por las colonias, las estructuras sociales han mantenido el pensamiento y organización social de la colonialidad, pues es pilar fundamental del proyecto de la modernidad. El eurocentrismo, el occidentalismo y la globalización ocultan en su discurso la violencia, la desigualdad y el control proveniente de la colonialidad.



## **El pensamiento dualista: el mito de la modernidad.**

El proyecto de la modernidad estableció un nuevo paradigma de vida, cuyo centro es una racionalidad, como una emancipación de la humanidad al dominio de las entidades religiosas sobre los pueblos (Dussel, 2000). En su pensamiento filosófico, la modernidad se desarrolló influenciada por la “división basada en el dualismo cartesiano mente/cuerpo” (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007, pág. 15). A partir de esta diferenciación, el proyecto de la modernidad se ha constituido en visiones duales de las realidades sociales que han configurado el dominio de los centros de poder sobre las regiones subalternas del mundo. Este dualismo conceptual con el que la modernidad justifica las desigualdades y opresiones inherentes a su modelo de sociedad se empieza a configurar con la diferencia entre racionalidad e irracionalidad, donde lo moderno es aquello racional y lo irracional es las justificaciones de la acción de los individuos “no modernos”.

De acuerdo con Dussel (2000), esta forma de organización social se mitificó y constituyó unas relaciones verticales basadas lecturas coloniales de la sociedad, donde los racionales tenían el derecho al poder y control sobre los irracionales. No obstante, “[...] la Modernidad tiene un núcleo racional ad intra fuerte, como “salida” de la Humanidad de un estado de inmadurez regional, provinciana, no planetaria; [...] por otra parte [un] ad extra, realiza un proceso irracional que se oculta a sus propios ojos” (pág. 48). El mito de la modernidad, una visión idealizada desde la misma modernidad sobre sus orígenes, objetivos y virtudes, pone como grandes libertadores a los modernos, por lo cual, están en la obligación de “emancipar” a aquellos pre-modernos. Este proceso de liberación de la modernidad desconoce la cultura, los valores, la organización social y

las creencias de los pueblos colonizados, pues sólo se puede ser virtuoso y moderno, de la forma como los libertadores deciden.

Gracias a que el pensamiento moderno confunde “[...] la universalidad abstracta con la mundialidad concreta hegemonizada por Europa como “centro” (Dussel, 2000, pág. 48), se justifica la violencia ejercida en el proceso de modernización, pues se piensa que el objetivo de modernizar se tiene que dar por cualquier medio posible. La violencia se legitima tomando forma de ritual de sacrificio salvador, ya que sólo los bárbaros se oponen a la modernidad y sus valores no son válidos, por tanto, la violencia se vuelve justicia. En esta forma de legitimación de violencia, la víctima es responsable de llevar al uso de la fuerza al negarse a aceptar los valores y formas de vida de la modernidad, “el bárbaro tiene una “culpa” ([al] oponerse al proceso civilizador) que permite a la “Modernidad” presentarse no sólo como inocente sino como “emancipadora” de esa “culpa” de sus propias víctimas” (Dussel, 2000, pág. 49). Así entonces, las acciones de violencia, sin importar contra quien sean, son un acto de justicia que llevará a la liberación de los pueblos, por medio del paso de la pre-modernidad a la modernidad.

La dualidad entre racional e irracional no solamente toma forma en la justificación de la violencia, sino también en la organización social. El colonizador, el ser racional, tiene el derecho y la obligación de gobernar a los colonizados, los irracionales, porque sólo así estos podrán ser iluminados y liberados por la modernidad. Por ello, únicamente los colonizadores, europeos, pueden gobernar, ellos son los racionales. Asimismo, la división entre civilización e incivilizados otorga unas características de cooperación de diferente nivel entre las culturas. Entre las naciones civilizadas la cooperación se da entre pares y bajo los principios de soberanía, los países que están

en igualdad de condiciones, porque ambos son modernos-civilizados. Por otro lado, si existe un pueblo incivilizado, el civilizado está en el deber de cooperar para volverlo moderno, por eso tiene el derecho de ir y asumir el poder sobre el dominio sobre este pueblo, pues no goza de soberanía; para lograrlo, puede usar la violencia indiscriminadamente, si los incivilizados le obligan a hacerlo (Dussel, 2000).

La organización del sistema-mundo moderno y posmoderno refleja este pensamiento dual, justificando la colonialidad. La generación del imaginario social de hemisferios consolida la dualidad entre los países occidentales, los modernos-civilizados, y los países orientales, los no modernos, los diferentes, los incivilizados. En la contemporaneidad esa dualidad se refleja en la división de los países globalizados y los no globalizados. Los primeros representan lo moderno, lo bueno, lo civilizado. Los segundos se entienden como los atrasados, aquellos que necesitan la cooperación de los civilizados para alcanzar la nueva etapa de despliegue del proyecto hegemónico: la globalización. En esta construcción simbólica del proyecto de la modernidad, las élites de las antiguas colonias quedan en un espacio “medio” entre pertenecer a la modernidad y ser pre-modernos. Estas se consideran parte de los colonizadores y reproducen su discurso; sin embargo, no dejan de ser criollos y en ese sentido pertenecer a los colonizados (Mignolo, 2000). Por ello, adaptan el discurso colonial a sus naciones, así se mantienen en el poder bajo el esquema colonial, a la vez que desearían ser parte de las élites mundiales, por lo que consideran las culturas de sus territorios muestras de la incivilización de sus países, motivo por el cual las desprecian.

Esta expresión de la dualidad basada en la civilización, modernidad y racionalidad también se refleja en las construcciones de raza. El ser racional, moderno, capacitado para gobernar es el

blanco; los afros, indígenas y asiáticos hacen parte de los incivilizados, los pre modernos y los no capacitados para gobernar (Quijano, 2000). Incluso dentro de las mismas naciones modernas esta división racial se mantiene, el lugar social del hombre blanco es el de dominador, es la cabeza de la pirámide social, mientras que los afros, indígenas y asiáticos se mantienen relegados, deben ser gobernados (Castro-Gómez & Grosfoguel, Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico, 2007). Otra expresión de este pensamiento dualista surge de las divisiones de género, el hombre es quien tiene el derecho a la participación ciudadana y los espacios políticos. Él tiene la racionalidad suficiente para gobernar la nación y el hogar, acumular el capital y hacer la ciencia para lograrlo. Por otro lado, está la mujer, la feminidad, asociada a la irracionalidad y el control de los sentimientos sobre la razón, por lo cual no puede gobernar; su labor está en el mantenimiento del hogar y la crianza de los hijos.

En este marco, como Castro-Gómez & Grosfoguel (2007) diagnostican, “[l]a expansión colonial europea fue llevada a cabo por varones heterosexuales europeos. Por donde quiera que fueran, exportaban sus discursos y formaban estructuras jerárquicas en términos raciales, sexuales, de género y de clase” (pág. 19). Luego de la independencia de las colonias y el nacimiento de corrientes críticas al proyecto de la modernidad, la posmodernidad surgió como alternativa de cambio y perfeccionamiento del proyecto de la modernidad. Las nuevas instituciones, surgidas en el seno del pensamiento liberal, serían capaces de eliminar las contradicciones de los siglos anteriores. No obstante, mutaron el alcance de las instituciones y algunos de sus medios para organizar la sociedad, pero la colonialidad y el pensamiento universalista, justificador de las desigualdades y las injusticias de la modernidad se mantuvo. Tanto en la modernidad como en la posmodernidad “el proceso de incorporación periférica a la incesante acumulación de capital se

articuló de manera compleja con las prácticas y discursos homofóbicos, eurocéntricos, sexistas y racistas” (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 19). Las diferentes fases de expansión del proyecto de la modernidad no han podido romper su unión con la colonialidad, pues esta es constitutiva de las instituciones que han permitido el despliegue de este proyecto de sociedad.

Como se ha podido evidenciar, para el Giro Decolonial, el pensamiento filosófico que organizó a la sociedad moderna y configura las relaciones sociales, políticas, culturales y económicas de su heredera, la sociedad posmoderna, se ha fundamentado en la dualidad que expresa y justifica el proyecto de la modernidad. En este paradigma, la colonialidad y el eurocentrismo surgieron como paradigmas sociales que llevaron a la consolidación del proyecto de la modernidad en las diferentes regiones del mundo. Así, se puede entender que, la relación entre la modernidad, la colonialidad y el eurocentrismo no es intencional o una condición anómala a la modernidad y sus ideologías, por el contrario, el eurocentrismo y la colonialidad son factores constitutivos inherentes a la modernidad, su ideología y discurso, y a todo el despliegue de sus instituciones.

### **Las ciencias sociales en la colonialidad del saber y proyecto de la modernidad.**

En el marco de este diagnóstico de la modernidad y la posmodernidad, el paso siguiente es analizar cómo el Giro Descolonial entiende a las ciencias sociales. Para posteriormente comprender y examinar su propuesta de reforma a estas áreas del conocimiento y el objetivo de éstas transformaciones.

Partiendo de la posición teórica de Castro-Gómez (2000), que coincide con Wallerstein (2013) al afirmar que las ciencias sociales son parte constitutiva del proyecto de la modernidad, la reproducción y desenvolvimiento del capitalismo, y la colonialidad. Se debe entender que para este autor, sin la institucionalización y desarrollo de las disciplinas sociales “el Estado moderno no se hallaría en capacidad de ejercer control sobre la vida de las personas, definir metas colectivas a largo y a corto plazo, ni de construir y asignar a los ciudadanos una “identidad” cultural” (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 147). Las ciencias sociales han sido elementos legitimadores de los sistemas sociales modernos, a la vez que han construido, desarrollado y consolidado los mecanismos de administración de la sociedad, que permitieron la reestructuración de la sociedad para responder a las necesidades de las transformaciones del capitalismo. Por ello, en su núcleo se reproducen las estructuras de la colonialidad y el pensamiento eurocentrismo, y sus derivaciones. Esto los lleva a argumentar que las ciencias sociales, al igual que en otras instituciones del conocimiento moderno, reproducen y legitiman la violencia epistémica de la modernidad, su discurso dualista y universalista.

Al crear los marcos normativos y metodológicos de control y administración de la sociedad en la modernidad, las ciencias sociales mantienen la taxonomía dualista de las sociedades y el sistema-mundo (Castro-Gómez S. , 2000). Parte de estas construcciones paradigmáticas, necesarias para la realización del proyecto colonial moderno, están relacionadas con la división del otro y el nosotros. Para lograr enfocar el trabajo social hacia los objetivos de acumulación e innovación del modelo económico capitalista fue necesario transformar los cuerpos y las mentes de los individuos, “[d]e lo que se trataba era, ligar a todos los ciudadanos al proceso de producción

mediante el sometimiento de su tiempo y de su cuerpo a una serie de normas que venían definidas y legitimadas por el conocimiento” (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 148).

En este proceso de reducción de los individuos a las necesidades de producción, se creó la dualidad entre aquellos que ya habían hecho este proceso de “modernización” de la vida y los que no. Aquellos que entran al mundo moderno son parte del “nosotros”, -los civilizados y los racionales-; mientras que los individuos fuera del proceso de producción, o se niegan a modificar su vida para ser modernos, son los otros. “[E]ste intento de crear perfiles de subjetividad estatalmente coordinados conllevó al fenómeno [...] [que el giro Decolonial denomina como] “la invención del otro” (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 148). Cómo explica Castro-Gómez, con este término el giro decolonial pretende analizar “[...] los dispositivos de saber/poder a partir de los cuales esas representaciones son construidas” (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 148). Este proceso de construcción del otro, está cargado de una producción material y simbólica, que desarrolla identidades a partir de las cuales los individuos son disciplinados para cumplir los objetivos del Estado.

Como explica Beatriz González (1995), la legitimidad de las instituciones sociales occidentales está profundamente ligada a la capacidad de crear imaginarios e identidades sociales, donde el individuo que legitime las instituciones y las reproduzca se sienta parte de su nación-Estado, se sienta parte del “nosotros” y no de los “otros” (Castro-Gómez S. , 2000). Así, por ejemplo, la constitución expresa la identidad del “nosotros”, deja explícito cómo debe ser el comportamiento de los individuos y bajo qué paradigma debe pensar; mientras que el sistema educativo forja ese ideal constituyente en un proceso de formación concreto; “[...] si la

constitución define formalmente un tipo deseable de subjetividad moderna, la pedagogía es el gran artífice de su materialización” (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 149). Contrario a lo que expresa la modernidad, la legitimación de sus instituciones no se da en los espacios políticos visibles o con actores cuya decisión es objetiva. Por el contrario, la legitimidad de la autoridad institucional se forja desde el proceso educativo, cargado de ideología, “[l]a escuela se convierte en un espacio de internamiento donde se forma ese tipo de sujeto que los “ideales regulativos” de la constitución” (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 149).

La construcción de este “sujeto deseable”, el buen ciudadano, tiene asidero en los estudios de las disciplinas sociales. Al ser estas las creadoras de los marcos de acción, legitimados en los procesos “objetivos” y “científicos” de cada disciplina, bajo los cuales el Estado toma decisiones, los estudios sociales se encargan de constituir la imagen del individuo deseable, incluirlo en el Estado y desarrollar la metodología bajo la cual se crean los constructos sociales de carácter identitario que transforma la forma de pensar de los individuos. Así entonces, las ciencias sociales han servido para formar las identidades dualistas que justifican las diferencias sociales, las acciones violentas del colonizador y su superioridad. Las categorías creadas en sus estudios, como género, raza y cultura “[...] operan aquí como un dispositivo taxonómico que genera identidades opuestas. El colonizado aparece, así como lo “otro de la razón”, lo cual justifica el ejercicio de un poder disciplinario por parte del colonizador” (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 153).

Para los autores del Giro Descolonial, “[...] las ciencias sociales se constituyen en [...] [el] espacio de poder moderno/colonial y en los saberes ideológicos generados por él” (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 153). Los estudios e investigaciones sociales siempre han reproducido, y en ese



sentido legitimado, las instituciones dualistas constitutivas de la colonialidad y la modernidad. Como explica Castro-Gómez (2000), “las ciencias sociales no efectuaron jamás una “ruptura epistemológica” – en el sentido althusseriano – frente a la ideología, sino que el imaginario colonial impregnó desde sus orígenes a todo su sistema conceptual” (pág. 153). Es por esto que esta corriente crítica considera que las ciencias sociales son parte constitutiva de las estructuras coloniales realizadoras de la modernidad. Sus estudios están marcados por la generación de análisis dualistas de las realidades sociales, estas categorías son justificadoras de las acciones disciplinares, violentas, de los “modernos” sobre los “no modernos”.

En este marco, el diagnóstico que hacen los autores del giro decolonial sobre las ciencias sociales es que...

*funcionan estructuralmente como un “aparato ideológico” que, de puertas para adentro, legitimaba la exclusión y el disciplinamiento de aquellas personas que no se ajustaban a los perfiles de subjetividad que necesitaba el Estado para implementar sus políticas de modernización; de puertas para afuera, en cambio, las ciencias sociales legitimaban la división internacional del trabajo y la desigualdad de los términos de intercambio y comercio entre el centro y la periferia, es decir, los grandes beneficios sociales y económicos que las potencias europeas estaban obteniendo del dominio sobre sus colonias. La producción de la alteridad hacia adentro y la producción de la alteridad hacia afuera formaban parte de un mismo dispositivo de poder. La colonialidad del poder y la colonialidad del saber se encontraban emplazadas en una misma matriz genética. (Castro-Gómez S. , 2000, pág. 154)*

Para Castro-Gómez (2000), “el gran desafío para las ciencias sociales consiste en aprender a nombrar la totalidad sin caer en el esencialismo y el universalismo de los metarrelatos” (pág. 158). Para cumplir con este objetivo, resalta que, las disciplinas sociales deben estar capacitadas para visibilizar los mecanismos que continúan reproduciendo las diferencias dualistas, justificadoras de la colonialidad, en los procesos actuales de globalización. Por otro lado, debido a que se debe romper con la violencia epistémica existente en sus métodos, se deben incluir otras formas de hacer ciencias sociales, que rompan con los paradigmas universalizantes de la modernidad y sus formas de colonialidad del saber. En este sentido, en la creación de esta transculturalidad “el desafío mayor radica en una “descolonización” las ciencias sociales y la filosofía” (pág. 159). Por ello, cada región del mundo tendrá que reformar sus ciencias sociales para hacer visibles las realidades coloniales específicas de sus contextos y poder incluir las epistemologías no modernas.

Este mismo autor considera que un buen punto de partida para decolonizar el conocimiento puede ser romper con las visiones universalistas y autorreferenciales de la modernidad es la interdisciplinariedad. Esto llevaría a reconfigurar una nueva forma de universidad, donde lo único universalizado es la comprensión de la realidad social como heterogénea, compleja y con cosmovisiones igualmente válidas. Entonces, si tenemos una comprensión diversa del mundo, “[...] una universidad que *piensa* complejamente debe ser también una universidad que *funciona* complejamente. Esto significa que debe hacer que sus estructuras sean [...] rizomáticas” (Castro-Gómez S. , 2007, pág. 87). Así, se lograría que los estudiantes estuviesen rompiendo con las divisiones impuestas por el desarrollo histórico de la modernidad, abriendo sus comprensiones del mundo y siendo partícipe activo de su propia formación, moviéndose, ya no en un programa fijo,

sino una red de programas. Como explica este autor, el primer paso para transculturalidad es la transdisciplinaridad, porque comienza a romper con las divisiones duales de la modernidad y abre el marco de comprensión de los estudiantes, rompiendo con la autorreferencia de los sistemas sociales.

Otros autores de esta corriente de pensamiento, como Alejandro Moreno, consideran que se deben dejar de buscar las formas de homogenización de la sociedad, en estructuras duales, para pasar al reconocimiento del derecho de la humanidad a ser diferente. En este marco, los métodos de análisis que profesan las ciencias sociales deben transformarse para no imponerse a los estudios de la comunidad, sino construirse con esta. Así, se rompe con los paradigmas administrativos de la sociedad, y se pasa a unos procesos investigativos constitutivos de la comunidad. Esto obliga a “[...] reinvertarlo todo: métodos, perspectivas e ideas, para llegar a comprensiones articuladas que, no habiendo partido de teorías, tampoco desean ser conocidas como tales” (Moreno, 2000, págs. 170-171). Entonces, teniendo en cuenta esta forma de hacer ciencias sociales construidas con la comunidad de estudio, la investigación social obliga a hacer “[u]n trabajo de comprensión *hermenéutica* a partir de lo que acontece cotidianamente en la comunidad, de sus producciones culturales, de sus practicasiones [prácticas] sociales y de la historia-de-vida de sus convivientes” (Moreno, 2000, pág. 171).

Francisco López (2000) también considera que es necesaria la construcción de ciencias sociales que reconozcan las heterogeneidades culturales del mundo y en ese sentido del sentido a cada microcosmos social. No obstante, a diferencia de los anteriores autores, él rescata el legado de las ciencias sociales nacidas en la modernidad, sin desconocer su naturaleza colonial. Para este

autor, la herencia de las ciencias sociales se da en tres axiomas. El primer axioma proviene del trabajo de Émile Durkheim, este expone que “[e]xisten grupos sociales que tienen estructuras explicables y racionales” (pág. 179). Sin embargo, sus valores parroquiales no deben configurarse como universales para las sociedades que no comparten sus estructuras. El segundo axioma expresa que “[t]odos los grupos sociales contienen subgrupos distribuidos jerárquicamente y en conflicto unos con otros” (pág. 179); proveniente de la teoría marxista, expresa el carácter conflictivo de cualquier social y la necesidad de una organización social, esto sin la necesidad de que exista una única forma de luchas o un patrón universal de conflicto. El tercer axioma argumenta que “[l]os grupos [...] mantienen su hegemonía y contienen los conflictos potenciales, debido a que los subgrupos de menor jerarquía le conceden legitimidad a la autoridad que ejercen los situados en la parte superior de la jerarquía, [...] esto permite la sobrevivencia [...]” (López, 2000, pág. 179); este axioma surge de los estudios de Max Weber y permite comprender a la legitimidad como una construcción mutua para el mantenimiento de la paz y la solución consensuada de los conflictos.

Asimismo, el devenir histórico de las ciencias sociales lleva a dilucidar algunos desafíos para cambiar el desarrollo de las estructuras coloniales de las disciplinas sociales y la sociedad. El primer reto es hacer el proceso de investigación y comprensión de las posibles respuestas a la cuestión de si “¿[...] en realidad existe una racionalidad formal? (Freud)” (pág. 180). El segundo desafío es responder de la forma más completa posible si “¿[e]xiste un desafío civilizatorio de envergadura a la visión moderna/occidental del mundo que debemos tomar seriamente?” (pág. 180). En este sentido, teniendo en cuenta cómo se han formado los procesos sociales en diferentes partes del mundo, y los diferentes proyectos de sociedad que existen, vale la pena preguntar si,

“¿[a]caso la realidad de tiempos sociales múltiples requiere que reestructuremos nuestras teorías y metodologías?” (pág. 180). Paralelamente, el reto se obliga a preguntarse “¿[e]n qué sentido los estudios sobre complejidad y el fin de las certidumbres, nos fuerzan a reinventar el método científico?” (pág. 180).

Por otro lado, ante la comprensión de la modernidad como una ideología nacida del hombre heterosexual blanco, es necesario remontarse a los orígenes históricos filosóficos e históricos del proyecto de la modernidad para responder si “¿[p]odemos demostrar que el feminismo, que el concepto de género, es una variable de presencia ubicua, aún en zonas aparentemente remotas como la conceptualización matemática? (pág. 180). Por último, si las ciencias sociales nacieron para fundamentar un proyecto de sociedad cuyo objetivo era la emancipación de los hombres, por medio del predominio de la razón, de las instituciones medievales; pero dicho proyecto llevó a nuevas formas de dominación e injusticia, nos debemos preguntar, ¿[e]s la modernidad una decepción que ha desilusionado antes que a nadie a los científicos sociales? (López, 2000, pág. 180). Para López (2000), las ciencias sociales tienen la oportunidad de transformar sus mecanismos y epistemología a partir de estos retos y axiomas surgidos de la modernidad, siempre y cuando las teorías críticas de las ciencias sociales reconozcan su origen colonial y eurocéntrico.

## **Repensar las ciencias sociales: emancipación y resistencia.**

Hasta aquí se ha demostrado qué es la SC, cómo ha sido su desarrollo histórico y filosófico, y cómo profesa el fin de las ciencias sociales, por la afirmación de que estas disciplinas no logran un aporte constante al crecimiento económico de la sociedad, porque no son necesariamente instrumentales. Posteriormente, se hizo un recuento del devenir histórico de las disciplinas sociales

para argumentar que estas no nacieron como un efecto colateral de la modernidad, sino hacen parte del núcleo constitutivo del proyecto de la modernidad. En este sentido, las funciones de las ciencias sociales fueron emprender la defensa de la modernidad ante los otros proyectos de sociedad; crear los marcos normativos y metodológicos de administración de la sociedad, para concentrar la acción social en los objetivos que las instituciones de la modernidad se plantearon, transformado la organización social, el pensamiento y el cuerpo de los individuos; y legitimar las acciones y decisiones de los Estados-nación modernos bajo los principios de la racionalidad, único marco válido de justificación de las acciones sociales en la modernidad.

Sin embargo, al ya haber consolidado el proyecto de la modernidad, generando el despliegue mundial de sus instituciones, por medio de la globalización; ante la derrota de los proyectos alternativos a la modernidad y, en este sentido, lograr construir un paradigma social capaz de encapsular a los individuos y las sociedades en el pensamiento dualista-universalista de la modernidad; las ciencias sociales perdieron su *función social*, por ello se les considera como conocimientos prescindibles. Ya no es necesario hacer una defensa del proyecto de la modernidad, pues es el único proyecto de carácter universalista vigente. Además, ya no existe la obligación de generar marcos de transformación de la sociedad para las necesidades del Estado, las sociedades ya están disciplinadas y organizadas en los paradigmas del proyecto de la modernidad.

No obstante, ante este discurso que profesa el fin de las ciencias sociales, parte de las corrientes de las disciplinas sociales han optado por adaptar sus métodos, pensamientos y objetivos a los requerimientos de la SC, reproduciendo sus estructuras sociales, alejándose de su perspectiva *hermenéutica* y por ende concentrándose en el empirismo como forma de análisis de la sociedad.

Este proceso de adaptación llevó a la consolidación de modelos desarrollistas y productivistas como formas de calificar a los investigadores sociales. La cercanía al empirismo radica en la validez y el prestigio del que gozan los métodos de investigación tomados como “objetivos”. Además, cualquier investigación social debe llevar a la publicación de sus resultados, a un producto; entre más productos se puedan obtener de una sola cadena productiva (la investigación) el investigador podrá ser más productivo.

Así, “quien no publique no existe”, como analiza Rodolfo Masías, quien más publique tendrá un mayor reconocimiento entre sus pares, los investigadores sociales. Este nuevo *êthos* transforma el lenguaje y el método de investigación, se hacen lecturas racionalizantes y fragmentarias, de escritos lo más reciente posibles (pues se cree que el conocimiento caduco), para sacar la mayor cantidad de productos al mercado; dichos productos prefieren un lenguaje explícito, cargado de expresiones literarias, para que sea atractivo a un número de consumidores mayor, no solamente estudiosos de las ciencias sociales. Por ello, el argumento base de este escrito es que, parte de las ciencias sociales continúan reproduciendo las estructuras sociales de la modernidad. Estas disciplinas están buscando hacer pieza fundamental de las nuevas formas de administración de la sociedad posmoderna.

Sin embargo, no todas las ciencias sociales han sido reproductoras “ciegas” del proyecto de la modernidad. Para develar como éstas han sido marcos justificables de las formas de dominación de los últimos tres siglos, se analizó el Giro Descolonial. Esta corriente crítica de las ciencias sociales y la sociedad, diagnostica la modernidad como un momento histórico de desarrollo de la colonialidad y el dominio del pensamiento del hombre blanco heterosexual

europeo. Asimismo, considera que la posmodernidad continua bajo los paradigmas de la era de la modernidad, sólo que oculta mejor la colonialidad justificadora de las divisiones sociales y las desigualdades. En este proyecto, las ciencias sociales han sido parte de las instituciones legitimadoras del pensamiento dualista colonial y universalista que justifican las estructuras sociales jerárquicas de la modernidad y la posmodernidad. En el centro de las instituciones modernas se ubican los pilares del pensamiento colonialista, por lo que se han silenciado otras posibles formas de pensar la sociedad. Por ello, como parte de estas instituciones, las ciencias sociales tienen en su núcleo constitutivo una violencia epistémica que justifica la dominación del “moderno” sobre el “no moderno”.

Igualmente, el Giro Decolonial ha realizado una serie de propuestas para descolonizar las ciencias sociales y la sociedad contemporánea. En estas se busca construir unas ciencias sociales diversas, cuyos metarrelatos reconozcan o se constituyan desde las particularidades de culturales de las distintas partes geográficas del mundo. Estos metarrelatos no se pueden configurar como universalmente válidos o más valiosos que los otros, sino como partes de la pluralidad cultural propia de la humanidad. Asimismo, se propone unas disciplinas sociales transdisciplinarias, en las que, la formación de los investigadores sociales sea un continuo diálogo de saberes, para que estos estén capacitados para pensar por fuera de los paradigmas de la modernidad y así romper con las divisiones duales del conocimiento moderno. Todas estas estrategias se complementan con una continua labor de denuncia de las estructuras coloniales y las divisiones duales justificadoras de las acciones de dominación de la modernidad.



Ahora bien, este escrito se inició preguntando por qué la *SC* busca el fin de las ciencias sociales. Teniendo en cuenta cómo, a pesar de su origen eurocéntrico y colonial, las ciencias sociales han sido capaces de forjar perspectivas críticas al proyecto de la modernidad, podemos pensar que la *SC* no solamente considera que las ciencias sociales perdieron su *función social*, sino que también las considera una amenaza, que debe ser eliminada. Las únicas áreas del conocimiento moderno capacitadas para develar las instituciones sociales legitimadoras de las desigualdades y dominaciones del proyecto de la modernidad han sido las disciplinas sociales. Éstas han construido propuestas críticas que denuncian diferentes formas de constreñir al individuo y encapsularlo dentro de los estándares de la modernidad.

Si bien, algunas de ellas buscan la realización de la modernidad, y en este sentido su crítica se convierte en un perfeccionamiento del proyecto moderno, como la de Jürgen Habermas y el feminismo menos radical; existen otras corrientes que pretenden construir propuestas alternativas a la modernidad, es decir, se salen de los paradigmas sociales hegemónicos para buscar opciones fuera del pensamiento dualista y racional moderno, como el Giro Descolonial. Estas propuestas críticas constituyen marcos de pensamiento que rompen con los esquemas mentales del hombre económico (el hombre posmoderno); denuncian y evidencian las desigualdades sociales, identificando su origen; y emprenden acciones para transformar las estructuras sociales modernas. Si tenemos en cuenta que las instituciones de la posmodernidad, que fomentan el pensamiento de la *SC*, fueron constituidas para mantener el orden y pensamiento social del proyecto de la modernidad, buscando desprestigiar y eliminar cualquier otra ideología capaz de desestabilizar el proyecto de la modernidad, para poder enfocar toda la acción social en el objetivo de aumentar y

acumular las riquezas, bajo el modelo económico capitalista, podemos comprender por qué las ciencias sociales son una amenaza para la *Sociedad del Conocimiento*.

Las ciencias sociales, aquella institución formada para controlar y administrar la sociedad, y para justificar legitimar el proyecto de la modernidad, pudo romper con los paradigmas de la modernidad, convirtiéndose en una alternativa de pensamiento fuera del proyecto hegemónico moderno. Gracias a su doble perspectiva, *hermenéutica* y empírica, las ciencias sociales están capacitadas para pensar propuestas de “deber ser” fuera de los marcos normativos de la modernidad. Todo el desarrollo de las distintas corrientes de pensamiento crítico de las ciencias sociales siempre ha denunciado diferentes injusticias y mecanismo de legitimaciones de dominación en la modernidad. Si bien esta última ha luchado contra diferentes proyectos de sociedad, estos siempre se han fundamentado en instituciones fuera del proyecto de la modernidad. Sin embargo, estas propuestas críticas de la sociedad forman opciones diferentes a la modernidad, nacidas desde las mismas instituciones modernas. Sus críticas se valen de los espacios construidos por la modernidad para denunciar sus desigualdades y construir y promocionar espacios alternativos a ella. Es por ello que, la reacción del proyecto de la modernidad no puede similar al que tuvo contra otras amenazas.

Es en este sentido que el diagnóstico de algunos autores del Giro Descolonial se vuelve radical pues desconoce esta posibilidad crítica de las ciencias sociales eurocéntricas. Es evidente, como lo denuncia esta corriente, que las ciencias sociales nacieron bajo paradigmas dualistas y coloniales. Asimismo, hemos podido exponer cómo se ha dado el proceso de consolidación de estos pensamientos dentro de las disciplinas sociales, llevando a unas ciencias sociales

reproductoras y defensoras del proyecto de la modernidad. Sin embargo, incluso las mismas ciencias sociales eurocéntricas han sido capaces de desarrollar pensamientos críticos de la sociedad moderna. Como lo resalta López (2000), algunos estudiosos europeos se mostraron críticos al desarrollo de la modernidad, a pesar de continuar con el pensamiento dualista y racionalizante. Carl Marx, por ejemplo, desarrolló una forma de comprender la dualidad entre burgués y proletariado. La escuela de Frankfurt construyó una propuesta crítica para mostrar varias estructuras de dominación dentro de la modernidad. Habermas constituyó un proyecto de transformación de las comprensiones actuales para liberar al hombre del dominio de los sistemas sociales y las autoridades. Lyotard estudió la sociedad contemporánea para demostrar las nuevas formas de legitimación de algunas desigualdades. Wallerstein estudió las ciencias sociales para empezar el camino hacia la apertura epistémica y las comprensiones alternativas del otro.

Debemos comprender que estas propuestas críticas a la modernidad no son menos válidas que aquellas cuyo propósito es pensar por fuera de los paradigmas de pensamiento europeo. Como los autores del Giro Decolonial reconocen, la historia particular de los pueblos lleva a la conformación de sus metarrelatos y modelos de vida (Castro-Gómez & Grosfoguel, 2007). Para los autores europeos, e incluso para los estadounidenses, la historia del pensamiento moderno y sus instituciones en la posmodernidad hacen parte de la historia particular de sus pueblos. Bajo esta comprensión, la labor de los estudiosos sociales de cualquier otra parte del mundo debe estar concentrada en la denuncia de los intentos de universalización de cualquier proyecto de sociedad y la construcción de un proyecto propio. Por eso las ciencias sociales deben ser disciplinas obligatoriamente pluralistas, que no privilegien a un metarrelato sobre otro, sino que los entiendan como marcos de referencias propios de cada cultura.

Esto no significa que no se puedan realizar críticas desde un marco paradigmático hacia al otro. Parte del pluralismo de las disciplinas sociales es la tensión existente entre las corrientes de pensamiento. Parte del discurso dualista de la modernidad separa la paz y el conflicto como situaciones completamente separadas y diferentes entre sí. Sin embargo, como explica Carl Schmitt (1984), el conflicto y la cooperación son condiciones inherentes a la vida en sociedad. Por eso, se debe romper con el paradigma de pensar el conflicto y la tensión como elementos negativos de la constitución de los fenómenos y procesos sociales, pues hacen parte de la condición humana. En este discurso de búsqueda de la estabilidad por medio de la homogenización, para que todos pensemos lo mismo y por tanto no exista la tensión o el conflicto, hace parte de los presupuestos justificadores de la colonialidad y las desigualdades. A lo que debemos propender, de acuerdo a autores como Castro-Gómez y Grosfoguel, es hacia una apertura en las ciencias sociales, donde la diferencia no sea entendida como negativa y el diálogo interdisciplinar sea una herramienta para construir metarrelatos que acepten los proyectos e ideales sociales de cada pueblo.

Asimismo, debemos reconocer que, debido a su naturaleza *empírico-hermenéutica*, las ciencias sociales representan proyectos ideológicos, sus contenidos están cargados de discursos políticos y sociales. Por eso, no se puede hablar de ciencias sociales “objetivas” pues se desconoce su componente imaginativo y creador de marcos normativos de la acción. Desde el seno mismo de las disciplinas sociales es necesario empezar a reconocer y difundir que los estudios sociales reflejan diferentes dimensiones de pensamientos idealizados de la sociedad. Por ello, las reformas educativas dentro de las ciencias sociales deben buscar que los estudiantes sean capaces de evidenciar a los proyectos de sociedad como parte de una ideología, cuyos metarrelatos configuran

marcos comprensivos y normativos de la acción humana. El pensamiento crítico sólo es posible si existe un componente ideológico que lo guíe.

Es en este marco de comprensión que se debe romper con los presupuestos dualistas de la modernidad, su proyecto universalizante y el positivismo en sus metodologías. Si logramos dejar de pensar el mundo como una cadena constante de dualismos irreconciliables podremos abrir los estudios de las disciplinas sociales a los proyectos sociales alternativos a la modernidad. Las Ciencias Sociales aumentarían su capacidad de análisis y comprensión de las realidades sociales, pues ya no harían sus argumentaciones desde los paradigmas dualistas modernos; se rompería el dualismo del “nosotros” versus los “otros”. Asimismo, ante la disolución del dualismo entre el pensamiento imaginativo-especulativo y el empírico positivista, las disciplinas sociales recuperarían la tradición *hermenéutica* que algunas corrientes de las ciencias sociales han perdido.

Por último, es necesario formar una defensa sólida de las ciencias sociales y las humanidades contra el discurso de la SC. No podemos permitir que se culmine el proyecto colonialista de hombre unidimensional y encapsulado en su dimensión económica. Si la SC logra su objetivo y saca de las estructuras de conocimiento formal a las ciencias sociales, corremos el riesgo de perder las oportunidades de emanciparnos contra las nuevas formas de colonialidad posmoderna, naturalizando situaciones de injusticia y desigualdad.

## Bibliografía

- Archila, M. (Mayo de 2012). El movimiento estudiantil en Colombia. Una mirada histórica. *Revista del observatorio social de América Latina*.(31), 71-103.
- Bazdresch, M. (2001). Educación y pobreza: una relación conflictiva. En *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina* (pág. Argentina). Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Recuperado el 17 de abril de 2016, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20101029064158/6ziccardi.pdf>
- Braudel, F. (2013). La construcción histórica de las ciencias sociales desde el siglo XVIII hasta 1945. En I. Wallerstein, & I. Wallerstein (Ed.), *Abrir las ciencias sociales informe de la comisión Gulberkiana para la reconstrucción de las ciencias sociales* (págs. 3-36). México D.F.: Siglo veintiuno editores. Recuperado el 27 de abril de 2016
- Castells, M. (1996). La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura. En *La sociedad red* (Vol. I). Madrid: Alianza Editorial.
- Castro-Gómez, S. (2000). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la "invención del otro". En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales Perspectivas latinoamericanas* (págs. 145-162). Buenos Aires, Argentina: CLACSO, Consejo Latinoamericana de Ciencias Sociales. . Recuperado el 2016 de enero de 24
- Castro-Gómez, S. (2007). Decolonizar la universalidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes. En S. Castro-Gómez, & R. Grosfoguel, *El giro decolonial Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (págs. 79-91). Bogotá D. C.: Siglo del hombre Editores.
- Castro-Gómez, S., & Grosfoguel, R. (2007). Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico. En S. Castro-Gómez, R. Grosfoguel, S. Castro-Gómez, & R. Grosfoguel (Edits.), *El giro Decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (págs. 9-23). Bogotá D. C., Colombia: Siglo del Hombre editores. Recuperado el 01 de marzo de 2016
- Chauí, M. (2006). La historia en el pensamiento de Marx. En C. L. CLACSO, *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas* (págs. 149-174). Buenos Aires, Argentina: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Recuperado el 10 de abril de 2016, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/formacion-virtual/20100720065511/6Chauí>.
- CONPES. (2009). *Documento Conpes 3582 Política Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación*. Bogotá. Recuperado el 18 de abril de 2016
- Coronil, F. (enero-marzo de 1999). Más allá del occidentalismo: hacia categorías históricas no imperiales. *Casa de las Américas*(206). Recuperado el 07 de mayo de 2016
- Coronil, F. (2000). Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo. En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (págs. 87-111). Buenos Aires: CLACSO. Recuperado el 24 de febrero de 2016
- Dinero. (16 de marzo de 2016). *Las mariposas que frenarían el plan de Peñalosa en van der Hammen*. Recuperado el 19 de abril de 2016, de Dinero, país: <http://www.dinero.com/edicion->

impresa/pais/articulo/disputa-por-la-reserva-van-der-hammen-entre-alcaldia-y-ambientalistas/221407

- Dussel, E. (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo. En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (1ra ed., págs. 41-53). Buenos Aires, Argentina: CLACSO. Recuperado el 27 de febrero de 2016
- El Espectador . (23 de septiembre de 2015). Japón quiere restringir las humanidades en su reforma educativa. *Redacción Educación*. Obtenido de <http://www.elespectador.com/noticias/educacion/japon-quiere-restringir-humanidades-su-reforma-educativ-articulo-588207>
- El Espectador. (7 de febrero de 2016). *¿Llegó la hora de frenar el crecimiento de Bogotá?* Recuperado el 19 de abril de 2016, de El Espectador, vivir: <http://www.elespectador.com/vivir/llego-hora-de-frenar-bogota-articulo-615151>
- Escobar, A. (1991). Imaginando el futuro: pensamiento crítico, desarrollo y movimientos sociales. En M. L. (editora), *Desarrollo y democracia*. Caracas: UNESCO, Rectorado de la Universidad Central de Venezuela y Editorial Nueva Sociedad.
- Ferrer, A. (1996). El escenario mundial en las vísperas de la expansión de Europa. En A. Ferrer, *Historia de la globalización-Orígenes del Orden Económico* (págs. 89-94). Buenos Aires-México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2013). Debates en las ciencias sociales, de 1945 hasta el presente. En I. Wallerstein, *Abir las ciencias sociales, informe de la comisión Gulbenkiana para la reestructuración de las ciencias sociales* (págs. 37-75). México D.C.: Siglo veintiuno editores. Recuperado el 27 de abril de 2016
- González, B. (1995). Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado. En B. González, J. Lasarte, G. Montaldo, & M. D. (comp.), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina* (págs. 431- 456). Caracas: Monte Avila Editores.
- Gorz, A. (2001). Welches Wissen? Welche Gesellschaft? Textbeitrag zum Kongress. *Kongress "Gut zu Wissen"*. Heinrich-Böll-Stiftung. Obtenido de <http://www.wissensgesellschaft.org/>
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa, tomo II: crítica de la racionalidad*. Madrid: Taurus.
- Habermas, J. (1998). *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de la teoría del discurso*. Madrid: Trotta. Recuperado el 23 de agosto de 2015
- Habermas, J. (2000). Del uso pragmático, ético y moral de la razón práctica. En J. Habermas, *Aclaraciones a la ética del discurso* (págs. 109-126). Madrid: Trotta.
- Hodgson, G. (2011). ¿Qué son las instituciones? *Revista CS(8)*, 17-53. doi:<http://dx.doi.org/10.18046/recs.i8.1128>
- Krüger, K. (2006). El concepto de Sociedad del Conocimiento. *Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales(683)*. Recuperado el 17 de febrero de 2016

- Lander, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Primer edición ed., págs. 11-39). Buenos Aires: CLACSO.
- López, F. (2000). Abrir, impensar, y redimensionar las ciencias sociales en América Latina y el Caribe ¿Es posible una ciencia social no eurocéntrica en nuestra región? En E. Lander, *La Colonialidad Del Saber: Eurocentrismo Y Ciencias Sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Primera ed., págs. 177-199). Buenos Aires: CLACSO.
- Lyotard, J.-F. (2004). *La condición posmoderna informe sobre el saber* (8° ed.). Madrid: Edición Cátedra. Recuperado el 03 de febrero de 2016
- Marshall, M., & Cole, B. (23 de julio de 2014). *Global Report 2014. Conflict, Governance, and State Fragility*. Obtenido de Center for Systemic Peace.
- Martín-Barbero, J. (2002). Jóvenes: comunicación e identidad. *Pensar Iberoamérica: revista de cultura*. Obtenido de <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric00a03.htm>
- Marx, K. (1971). *El capital. Crítica de la economía política* (Vol. III). México: Fondo de Cultura Económica.
- Masías, R. (20 de junio de 2012). El libro, el ensayismo y las ciencias sociales en un mundo global y poscolonial. *Relaciones Internacionales*(20), 175-182. Recuperado el 3 de noviembre de 2015
- Masías, R. (Febrero-junio de 2013). El investigador social contemporáneo y las ciencias sociales a través de sus libros: estudio sobre un caso colombiano. *HISTORIA Y ESPACIO*(40), 168-190. Recuperado el 2016 de febrero de 15, de <http://hdl.handle.net/10893/5430>
- Masías, R. (23 de octubre de 2015). *¡Good Bye, Ciencias Sociales!* Recuperado el 17 de febrero de 2016, de DP de Política N°192. Boletín del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de los Andes:  
<https://appsciso.uniandes.edu.co/cpol/dp/home.php?numero=192&ac=Editorial&id=216>
- Mignolo, W. D. (2000). La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad. En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (págs. 55-85). Buenos Aires: CLACSO. Recuperado el 18 de febrero de 2016
- Moreno, A. (2000). Superar la exclusión, conquistar la equidad: reformas, políticas y capacidades en el ámbito social. En E. Lander, *La Colonialidad Del Saber: Eurocentrismo Y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (Primera ed., págs. 163-176). Buenos Aires: CLACSO.
- Nussbaum, M. (2011). *Sin fines de Lucro. Por que la democracia necesita de las humanidades* (Primera edición ed.). Bogotá: Panamericana. Recuperado el 12 de febrero de 2016
- Ortiz, I., & Cummins, M. (2012). *DESIGUALDAD GLOBAL: La distribución del ingreso en 141 países*. UNICEF. Nueva York: UNICEF POLÍTICAS Y PRÁCTICA. Recuperado el 12 de marzo de 2016, de [http://www.unicef.org/socialpolicy/files/Desigualdad\\_Global.pdf](http://www.unicef.org/socialpolicy/files/Desigualdad_Global.pdf)



- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (primera ed., págs. 201-246). Buenos Aires: CLACSO.
- Sandel, M. (1982). *Liberalism and the limits of justice*. Cambridge.
- Schmitt, C. (1984). *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Folios Ediciones.
- Stehr, N. (2000). *Die Zerbrechlichkeit moderner Gesellschaften*. Weilerswist: Velbrück.
- Tilly, C. (1992). *Coerción, capital y Estados europeos*. Oxford: Blackwell.
- Wallerstein, I. (2013). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales* (undécima ed.). México D.F.: Siglo XXI editores.